

LOS ^{GRANDS} SUKIOS

Nº 2.



REVISTA SEMANAL ILUSTRADA



30 CTs

UN CRIMEN MISTERIOSO EN HOSPITALET



LUCHA DE UNOS CAMPEÑINOS CON DOS LADRONES

Ayuntamiento de Madrid

La muerte de don Fernando de Guzmán Conde de Fuenteovejuna

Pocos serán los que desconozcan la frase: Fuenteovejuna, todos a una. Mas no todos suelen conocer su origen, y yo voy a contarles las dos versiones que sobre el hecho tengo.

Dice la historia...

Vivía por el año 1478 en la villa de Fuenteovejuna, que era como por aquel entonces se llamaba, un comendador de la orden de Calatrava llamado don Fernando Gómez de Guzmán. Ejerciendo sus derechos feudales, el tal comendador traía asolada la comarca, pues no podía existir marido ni padre que con tranquilidad viviera, toda vez que don Fernando de Guzmán podía disponer a su antojo de las mujeres que vivían en la villa de la que él era dueño y señor.

Tales estragos causó el tal conde, que las familias huían en masa de la villa y corrían a refugiarse fuera del alcance del poder feudal de tal señor.

Mas a fuerza de injusticias de esta índole, se formó un volcán de odios contra don Fernando de Guzmán, y un buen día—malo para el conde—los pobladores de Fuenteovejuna se amotinaron e interrumpieron la vida plácida del comendador, asaltando su castillo y matando a sus servidores leales—pocos en verdad—y matándole a él. Y ya las pasiones desbordadas, la multitud arrastró por las calles de la villa el cadáver del conde, cometiendo con él toda clase de profanaciones y crueles ensañamientos, en venganza de las profanaciones y ensañamientos por él realizados.

La orden de Calatrava, de la que era comendador

el conde, quiso castigar a los culpables, pero no pudo encontrarlos por más que dió tormentos y realizó investigaciones. Los pobladores de la villa respondían a todo con esas palabras que aun hoy siguen en boca de la gente cuando quieren demostrar el valor de la unión: Fuenteovejuna, ¡todos a una!

Es digno de anotar que el hecho sirvió de pauta para la abolición del feudalismo en la Península.

Mas la tradición...

Cuenta de muy otra manera el caso, ya que de padres a hijos se ha transmitido el nombre del matador del conde de Fuenteovejuna.

Dicen las gentes, y a mí me lo contaron no hace mucho, mientras me mostraban el lugar donde estuvo el castillo, que es el mismo que ocupa hoy la iglesia parroquial, que fué un barbero, que al ir a cumplir su oficio lo aprovechó para degollar al conde, y después arrojó el cadáver a las turbas, que ya prevenidas esperaban, para que terminasen de realizar la sentencia que entre todos habían concertado.

Pero nadie mata a sangre fría, y el barbero tenía razón para cometer su crimen.

Ya se dice en la historia oficial que el conde de Fuenteovejuna tenía derecho «de pernada». A este bárbaro derecho debió su muerte. Se había concertado la boda de una hija del barbero, llamada María, con un mozo de la villa. No siempre el conde reclamaba su derecho, pero en este caso, la belleza de la muchacha le hizo reclamarlo y se llevó a la moza a su castillo. No valieron súplicas ni amenazas. Ante

las lágrimas de María, el comendador no sentía más que avivarse sus torpes deseos, y las amenazas del novio eran para él causa de regocijo, seguro como estaba de su poder.

Después que don Fernando de Guzmán se llevó al castillo a María, esperó el padre varios días, por ver si ante la desesperación y resistencia de la muchacha cedía la crueldad del señor. Pero viendo que todos los esfuerzos eran inútiles, concertó con el pueblo la muerte del conde, en la forma anteriormente expuesta.

Estas son las dos versiones que sobre el hecho recogí en la villa de Fuenteovejuna. La versión popular me la contaron confidencialmente, que así como se ha transmitido esto que creen verdad de padres a hijos, también de padres a hijos se ha transmitido la consigna de una rotunda negativa, con la que se estrella el deseo de conocer de una manera cierta los móviles del crimen y sus realizadores. Claro es que los criminales no aparecieron, porque no fué crimen, sino una justicia. El tiempo, al pasar, lo ha demostrado así y todas las tiranías han sufrido la justicia de los oprimidos.

Y esto sucedió en la villa de Fuenteovejuna, que tiene un escudo simbólico en el que campean unas abejas y de cuyo término se decía: «Campos de leche y miel, Fuenteovejuna.»

MARGARITA ANDIANO.



Instante de dar muerte a don Fernando de Guzmán, conde de Fuenteovejuna.

Del asalto a la caja de la central de los Ferrocarriles del Norte

Todas las noticias recibidas coinciden en que han sido detenidos los tres autores del asalto al despacho central de los Ferrocarriles del Norte en San Sebastián. La Policía de la ciudad donostiarra ha trabajado mucho y bien hasta lograr dar con la pista que le llevó a la captura de los criminales salteadores.

Aunque ya el suceso está liquidado en parte, nosotros queremos traer a esta página, como hecho de palpitante actualidad, y por el lápiz genial de nuestro compañero Vázquez Calleja, la reconstitución del criminal atentado, perpetrado en condiciones de audacia verdaderamente inverosímil. Eran ya cerca de las siete de la tarde, y cuando no ha-

sobre los sacos que contenían el dinero, resguardándolos con su cuerpo contra la codicia de los asaltantes.

Uno de los atracadores, al ver esto, y suponiendo que los empleados no entregarían el dinero sin defenderlo contra su rapacidad, hizo uso de la pistola, disparando sobre el infeliz Demetrio Cayuela, que cayó muerto instantáneamente sobre el dinero que tan heroicamente defendía, no sin antes coger de encima de una mesa un fajo de billetes, que aun no habían tenido tiempo de guardar en los sacos.

Los tres atracadores, ante el temor de que acudiera gente soliviantada por el ruido de la deto-

tenido su padre hasta ya bastante avanzada la noche. Como le esperasen a cenar y su padre no acudiera, dos de los mayores fueron en su busca, sabiendo la desgracia por un grupo de gente que lo estaba comentando en la Alameda, y al que se acercaron por la natural curiosidad de saber qué había ocurrido. Lo que nunca pudieron figurarse fué que lo que se comentaba era la muerte de la persona que con tanto cariño iban buscando. La escena que se desarrolló fué de lo más impresionante; como locos, y corriendo, salvaron la distancia hasta el despacho central de la Compañía. Ya la Policía había acordonado el lugar del suceso, y de momento no les dejaron pasar. Tuvieron que acreditar quiénes



Instante en que uno de los atracadores, el «del impermeable pluma», dispara sobre el infeliz Demetrio Cayuela, dejándole muerto en el acto.

bía en el despacho central de los Ferrocarriles del Norte más que dos empleados, que se disponían a abandonar su tarea, se presentaron allí tres individuos bien trajeados, que, pistola en mano, les intimidaron a que pusieran las manos en alto.

Mientras uno de ellos encañonaba con la pistola desde la puerta a los dos pobres empleados, que, en cumplimiento de su deber, aun quedaban en el despacho de la central de la Compañía ferroviaria, otro se acercó a la taquilla, donde estaba el expendededor de billetes, intentando apoderarse de la cantidad en metálico que representaba la recaudación del día. Entre tanto, el tercero de los pistoleros, también apuntando con un revólver, guardaba la salida.

Los dos empleados, que llevan ya varios años al servicio de la Compañía, se llaman don Jacinto Hojas y don Demetrio Cayuela. Este último, dándose cuenta de la gravedad de los momentos y comprendiendo lo crítico de la situación, se abalanzó

ción, se dieron inmediatamente a la fuga sin poder llevarse una sola peseta.

El disparo, efectivamente, produjo gran alarma, y a la central de la Compañía ya acudían algunas personas, que se vieron amenazadas por los pistoleros, que huían, para que nadie los pudiese seguir.

Los atracadores, aprovechando el pánico de los primeros instantes, lograron confundirse entre los grupos y salir fuera de la acción de las personas que ya iban tras ellos.

Parece que el atraco estaba bien meditado; según declaraciones, a eso de las cuatro de la tarde se vió a los tres sujetos, cuyas señas coinciden con las de los atracadores, tomando café en el bar Iribia. Luego se separaron, pero se conoce que estaban citados cerca del despacho de la central, porque se les vió merodear por sus cercanías.

La víctima era muy querida en San Sebastián, en donde llevaba ya varios años; tenía cinco hijos, que no se enteraron del suceso y del triste fin que había

eran para que se les autorizase el paso hasta una de las salas de espera, pues dió orden de que nadie pasase hasta la habitación en que se había desarrollado el suceso, mientras el juez no permitiese la entrada.

El infeliz Cayuela murió instantáneamente de un solo disparo, pues sólo se encontró en el lugar del hecho un cargador de pistola del calibre 7,65, al que le faltaba una bala.

Con la detención de los atracadores casi termina el suceso. Lo que no termina es la emoción y la indignación que el hecho ha producido, no sólo por la persona víctima de él, sino por el estado social que representa y por la impunidad con que un hecho de tal naturaleza se ha podido perpetrar en horas en las que la afluencia de gente es mayor.

La justicia dirá la última palabra y esperamos que tenga en cuenta a esos cinco hijos hoy en el desamparo.

A. DE A.

EN LAS SALESAS

Juicios de interes

Las amplias salas del suntuoso edificio del Palacio de Justicia recuerda a diario hechos delictivos ya olvidados del público, pero que es necesario traerlos a la actualidad de estas páginas, porque cuando el juicio oral se celebra y recae sentencia, es cuando se ve si el que se sienta en el banquillo, a veces sólo por pruebas indiciarias, es o no culpable del hecho que se le imputa.

Matar por matar. Treinta años de condena.

No es frecuente en los anales de la Jurisprudencia, por fortuna, el crimen sin causa. El caso del hombre que mata por matar va desapareciendo de los Tribunales de Justicia; sin embargo, en la Sección segunda se ha visto un caso típico de matonismo.

Agustín Cristóbal, dedicado a la venta ambulante de frutas y verduras, fué condenado hace tiempo como autor de un delito de lesiones a la pena de dos meses de arresto. No tuvo esta sanción ejemplaridad para el delincuente, que siguió siendo provocador y matón.

La noche de la verbena de la Paloma del pasado año, el bullicio de la fiesta y el alcohol ingerido desataron en Agustín sus pasiones iracundas. Sin motivo que lo justificara, se plantó en el puente de Toledo, dispuesto a matar a alguien.

Con un sujeto apodado «Marquitos» trató de cometer un homicidio, tirándole dos viajes con una navaja, que la presunta víctima pudo esquivar; pero



firmó Agustín en su propósito de armar camorra, se dirigió a un grupo de obreros, diciendo:

—Todo el que tenga más de catorce reales es un... y me voy a matar con él. Verás cómo nadie responde—añadió, dirigiéndose a un amigo que le acompañaba, apodado «el Cano».

Naturalmente, nadie se creyó aludido por este reto del matón; pero éste, con una navaja cabriterera que llevaba empalmada, la hundió en el vientre de Tomás Frutos, a quien no conocía y que había permanecido con las manos en el bolsillo del pantalón, como mero espectador de aquel absurdo suceso.

La agresión, al par que rápida, fué tan violenta, que, a pesar de tratarse de una navaja de no muy grandes dimensiones, con ella atravesó los intestinos

de la víctima, llegando hasta la cara cóncava del hígado.

El desventurado Tomás Frutos, persona de inta-



chables antecedentes, que se dedicaba a la industria de trapería, falleció por efecto de una peritonitis traumática.

El fiscal, Sr. Palacios, calificó provisionalmente el hecho de asesinato, cualificado por la alevosía y agravado por la reincidencia, solicitando para el procesado treinta años de reclusión.

El celo y la pericia profesionales bien probados del letrado defensor, D. Juan Cuesta, se pusieron a contribución en esta causa, sin alegación posible en pro del procesado. No obstante, el Sr. Cuesta y Brander alegó la eximente de miedo insuperable y, alternativamente, las atenuantes de arrebató y obcecación, provocación por parte del ofendido y falta de intención de causar un mal de tanta gravedad.

La prueba fué tan abrumadora para el procesado, que la labor, no obstante, meritisima del fiscal, señor Palacios, puede decirse que estaba hecha al terminar de declarar el último testigo. Sin embargo, el fiscal, en sus conclusiones definitivas, mantuvo la pena solicitada, calificando el hecho de asesinato sin circunstancias modificativas de la responsabilidad.

La defensa insistió en sus conclusiones, y pronunciados los informes por el fiscal y el defensor, el Jurado dictó un veredicto de absoluta culpabilidad para el procesado, sin atenuación ninguna, por lo que la Sala condenó a Agustín Cristóbal a treinta años de reclusión.

Tan repugnante pareció el crimen al Jurado, que a la pregunta de si consideraba excesiva la pena, contestó unánimemente con un no categórico, y así, de este proceso sólo quedó como merecedora de destacarse la labor profesional, digna de todo elogio, del Sr. Cuesta y Brander, en su lucha con lo imposible, y la entonada y ecuaníme intervención del Sr. Palacios, que supo mantenerse imparcial y frío, sin extremar la nota acusatoria, aunque bien pudo hacerlo.

Agradecemos a nuestros compañeros en la Prensa y al público la acogida dispensada a «Los Grandes Sucesos», agolando el número a las pocas horas de su salida.

Por esa causa no hemos podido servir los paquetes a nuestros corresponsales.

De recibir pedidos suficientes, haremos una segunda tirada de dicho primer número, que tanta curiosidad despertó y que tan extraordinario éxito ha tenido.

La legítima defensa en un delito de parricidio.

El letrado D. Luis Barrena planteó, en la mañana de ayer, ante la Sala segunda del Tribunal Supremo, un problema jurídico verdaderamente interesante, recurriendo una sentencia dictada por la Audiencia provincial de Avila en causa por delito de parricidio.

Según los hechos probados de la sentencia recurrida, «aproximadamente a las veintitrés y quince minutos del 8 de julio de 1929, encontrándose en la cocina de su casa, situada en el barrio de la Estación, de Arévalo, Isaías Fernández Perriño, con algunas de sus hermanas, de doble vínculo, como éstas le dijeran repetidamente que tenía una novia muy fea, se incomodó y pegó de bofetadas a la llamada Emilia, que empezó a llorar, en cuyo momento se presentó el padre legítimo de dichos hermanos, el hoy procesado Pedro Fernández Martín, que llevaba una hoz que para trabajar al día siguiente había ido a buscar, y que le quitaron para evitar que pudiera hacer uso de ella, el que dijo a su hijo que se marchara de casa, a lo que se negó, diciéndole a su padre que lo hiciera él, como efectivamente lo hizo, hacia la estación del ferrocarril, y como en el momento se reprodujera la cuestión entre los tres hermanos, por haber llamado repetidamente bruto a Isaías, éste dió un empujón y derribó por tierra a sus hermanas Consolación y Emilia, acudiendo a las voces Pedro, que al enterarse de lo ocurrido, dirigiéndose violentamente hacia su hijo, como éste le



hiciera frente en actitud agresiva, se acometieron mutua y simultáneamente, cogiendo del cuello Isaías a su padre y tirándole entre unas mesas y bancos de la habitación contigua a la en que se encontraban entonces, e infiriendo con una pequeña navaja, que le fué ocupada a Pedro Fernández, a su repetido hijo dos lesiones, una leve en el brazo izquierdo, y otra en el octavo espacio intercostal del mismo lado, en la que el instrumento vulnerante perforó el diafragma, produciéndole la muerte al día siguiente.

Conforme a estos hechos probados, se condenó a Pedro Fernández, como autor de un delito de parricidio, con la atenuante de arrebató y obcecación, a la pena de veintitrés años de reclusión e indemnización de 5.000 pesetas.

El letrado recurrente solicitó la casación de la sentencia recurrida, alegando que de la actitud agresiva del hijo, rotos, por tanto, los vínculos en que se funda la gravedad del delito de parricidio; turbada la paz familiar por la conducta del interfecto, que maltrató a sus hermanas por un fútil motivo, se dan en este caso todos y cada uno de los elementos necesarios para apreciar en favor del condenado la eximente de legítima defensa.

PROXIMAMENTE

Comenzaremos la publicación de una estupenda novela de aventuras, en la que su interés es tan grande como su emoción.

Un escritor de firma autorizadísima llevará al público relatos que despertarán gran curiosidad.

En todos los números de nuestra Revista recibirán los lectores cuatro páginas en forma encuadernable, que irán bellamente ilustradas.

Un individuo, enloquecido por la bebida, acribilla a puñaladas a su amante

El día 8 del mes actual, el popular y populoso barrio de Capuchinos, de Málaga, se sobrecogió de horror con una terrible tragedia, digna de una nueva narración de Zola como la que el gran escritor francés desarrolló en su célebre novela «La Taberna».

En la casa número 25 de la calle del Cauce, una casa de dos plantas solamente, pobrísima y de innumerables vecinos—habitaban desde hacía unos dos meses Francisco Jiménez Tovar, de treinta años de edad, y Ana Quin Muñoz, que contaba veinticinco primaveras, bien floridas por cierto. Con ellos vivía la madre de él, Francisca Tovar.

Ocupaban dos habitaciones del cuarto, en el que vivían también, aprovechando—y bien aprovechadas—las demás habitaciones, otras muchas personas.

Francisco y Ana no estaban casados, pero hacían vida marital. Francisco trabajaba en su oficio de zapatero, y ella ayudaba al sostenimiento del hogar trabajando como sastra. Uno y otro eran bastante apreciados en todo el barrio, sobre todo ella, que siempre tuvo fama de hacendosa y mujer de buen juicio y gran corazón. Parecía que eran felices, y, efectivamente, durante algún tiempo, los dos amantes llevaron una vida grata, sin contrariedad y con los naturales goces de su amor reciente.

Pero el alcohol...

Pero el alcohol vino a trastornar aquellas vidas. Francisco comenzó a alternar en las tabernas con sus amigos y llegó a cobrar una excesiva afición a la bebida. Tanta, que ya trabajaba rara vez, se pasaba la mayor parte del día y de la noche en la taberna.

Su amante y su propia madre le exhortaban continuamente a abandonar aquel vicio, pero Francisco no hacía nada por corregirse, o quizá resultaba impotente ante la atracción que sobre él ejercía el vino, las partidas de juego, las chanzas, las charlas de la taberna.

Como decimos, Francisco abandonó su oficio, y esto originó alguna escasez en su hogar, a pesar de que Ana redoblaba su trabajo. Por otra parte, Francisco, para sufragar los gastos de su vicio, hacía frecuentes pedidos de dinero a su amante, que muchas veces no podía satisfacer aquellos deseos. A más, la irascibilidad de Francisco, consecuencia del alcohol, aumentaba por momentos. Y surgieron disgustos entre los amantes, riñas, que alguna vez terminaron propinando Francisco a Ana brutales palizas.

Ultimamente se le advertían ya a Francisco claros síntomas de enajenación mental, en su variedad de la manía persecutoria. Unas veces decía que «sabía cierto que trataban de asesinarle». En otra ocasión la pidió a Ana que avisase a las autoridades, «porque le iba a pasar un cosa muy gorda». Hacía unos días la había indicado que fuera a ver al gobernador «para decirle que él iba a tener muy mala muerte».

Desde luego, la familia de Ana, padres y varios hermanos, trataban de que ésta abandonara a Francisco. Por su parte, la madre de éste opinaba que debiera recluirse en un manicomio. Pero Ana, que quería al muchacho, se oponía a todo esto.

El crimen.

Así las cosas, llegó el martes. En este día, los dos amantes no salieron de su habitación más que para comer, permaneciendo, al parecer, acostados. En aquellos momentos no se les observó nada anormal.

Pero en las primeras horas de la noche, las personas que se hallaban en la casa oyeron un grito desgarrador, seguido de otros

análogos y de voces angustiosas demandando socorro.

Dos de los habitantes del cuarto, los jóvenes José González Romero y Francisco Palomino, se dirigieron a la habitación de los dos amantes, de donde partían aquellos anuncios de tragedia, oyéndose, a través de la puerta, una desesperada lucha. Los dos jóvenes forzaron la entrada y entonces salió como enloquecida, completamente desnuda y manando sangre por diversas partes de su cuerpo, la joven Ana, que anduvo unos pasos, vacilante, y cayó pesadamente al suelo, en el soportal de la casa. Pronto quedó bañada en sangre, pues ésta brotaba a borbotones por numerosas heridas.

Poco después salía del cuarto Francisco. Su cara infundía espanto. Iba en paños menores. Al ver a su amante en el suelo, pegó un fantástico brinco sobre el inanimado cuerpo y se lanzó a la calle, desapareciendo en las sombras de la noche.

Aquellos dos jóvenes y otras personas que acudieron también, rápidamente envolvieron en una manta a la desgraciada Ana y la transportaron a la próxima Casa de Socorro—la instalada en la calle de Mariablanca—. Aun llegó allí con vida Ana, pero, a pesar de los cuidados de los facultativos, dejó de existir a los pocos momentos.

Al hacerla la autopsia se la apreciaron nada menos que trece heridas, todas de gran extensión y con intensa hemorragia.

¿Cómo se desarrolló la agresión? Incoherencias de Francisco.

No se han podido reconstituir exactamente los momentos de la agresión. Para ello sólo se cuenta con las declaraciones de Francisco que son muy incoherentes.

El criminal, una vez en la calle, siguió corriendo, como antes dijimos, casi desnudo, y así se presentó en la cárcel.

Allí se dirigió al centinela y le dijo que «había huido de su casa porque habían matado a su hermana para hacerla trocitos y guisarla. A él habían intentado dar un plato de tal guiso, pero no quiso tomar más que un poco de caldo». Como ya se tenía allí noticias del crimen, se supuso que aquel perturbado era el autor; se le retiró al interior de la prisión, y

luego, cubierto con un capote, se le trasladó a la Jefatura de Policía. Allí se le interrogó de nuevo y dijo «que sabía cierto que querían matarle y para evitarlo, había pedido a Ana que le matase ella, dándole una de las cuchillas que empleaba en su oficio de zapatero. Entonces recuerdo—añadió—que mi Ana me dijo: «Tú estás loco.» Y como ella se negaba a matarme, la acuchillé yo, creyendo que así me hería a mí mismo».

Francisco ha sido recluso en el manicomio por disposición de la autoridad judicial que interviene en el suceso, ya que los médicos han certificado que, en efecto, padece perturbación mental, producida por alcoholismo.

Este, pues, es un drama más que motiva la costumbre inveterada del alcohol. La criminalidad, los accesos de furor que conducen a la criminalidad, tiene su raíz, más que en otras causas, en la taberna.

En los lugares en que los hombres gustan de la bebida es en los que se dan más seres de instintos criminales, y, a veces, esos instintos son heredados.



Francisco, enloquecido, asesta trece puñaladas a su amante Ana Quin.

UN CARABINERO LOCO ARROJA AL FUEGO A UNA NIÑA DE CINCO AÑOS

En estos últimos días se ha producido otro suceso, que ha llenado de consternación al vecindario del pueblo de Riofrío, en donde está enclavada la antigua residencia real, perteneciente hoy al patrimonio de la República.

Entre las fuerzas que custodiaban el mencionado palacio se encontraba el carabiniere Miguel Carvajal Pulido, hombre de conducta irregular para compañeros y sus jefes. Además, repetidamente hacía objeto de malos tratos a su esposa. Frecuentemente sostenían vivos altercados, que casi siempre degeneraban en agrias cuestiones. El Carvajal, hombre irascible, golpeaba a su esposa, y a veces tan brutalmente, que tenía ésta que guardar cama.

Parte del vecindario de Riofrío ya no saluda al carabiniere Carvajal, y sus jefes le habían amonestado repetidas veces y con gran seriedad acerca de la conducta que éste tenía. Parece que se emborrachaba con frecuencia, y esto daba lugar a los escándalos que sostenía con su esposa.

Viendo los jefes que no se enmendaba, propusieron su traslado de Riofrío. Este inmediatamente fué concedido, y el carabiniere Carvajal debía pasar en estas fechas a prestar servicio a la Comandancia de Algeciras.

Cuando se lo comunicaron sufrió una gran impresión, pero muy pronto reaccionó y se marchó con unos cuantos compañeros de servicio a la taberna. Allí estuvo alegremente bebiendo varias copas, y al poco rato salió para su casa.

Lo que entre los esposos pasó, aún ciertamente no se sabe; pero es la verdad que mediaron pocos momentos desde la entrada del carabiniere en su domicilio y aquel en que se comenzaron a oír lamentos y gritos de la esposa. A ésta la maltrató bárbaramente, y porque una niña de cuatro años, llamada Felisa, hija del matrimonio, llorara al presenciar la escena en que su padre golpeaba rudamente a su madre, cobijándose entre las faldas de la que le diera el ser, el enfurecido carabiniere, alzándola en el aire, la arrojó con fuerza entre las llamas del fuego de la cocina.

La madre, loca de espanto, pudo salir de la casa, saltando por una ventana de la alcoba, y pedir auxilio. Acudieron presurosos varios vecinos y sacaron a la infeliz criatura con graves quemaduras.

El carabiniere Carvajal, al darse cuenta de que entraban en su casa un tropel de personas, se retiró a una de las habitaciones interiores de la vivienda y se pegó un tiro en la sien derecha. Se cree que fué víctima de un ataque de enajenación mental. Abona esta creencia la costumbre que según parece era ya inveterada, de embriagarse.

Inmediatamente fué pedido un coche ambulancia a Segovia, en el que fueron trasladadas la madre y la infeliz criatura, ingresando seguidamente en el hospital.

Según declaración de la esposa, el carabiniere Carvajal había sufrido varios castigos, dentro del Cuerpo a que pertenecía, por su conducta poco escrupulosa en el cumplimiento del deber, lo que hizo que con frecuencia fuese trasladado de un lugar para otro. La culpaba a la infeliz esposa de cuantas desgracias le ocurrían, haciéndola víctima de malos tratos de palabra y de obra, cuando inopinadamente se veía trasladado de un lugar para otro.

Para las hijas—pues el matrimonio tenía otra pequeña, además de la que fué víctima de la fero-

Este suceso ha conmovido, de manera muy honda, a cuantas personas lo han conocido. No puede darse en un ser mayor ferocidad que no sentirse conmovido ante una criaturita de corta edad, indefensa, ante una criaturita que para vivir necesita el calor del padre y de la madre.

Es terrible pensar en lo que habrá sufrido esa pobre madre al ver, al contemplar, la ira con que el padre miraba a sus hijas. El mayor dolor para una madre es que el fruto de sus entrañas no sea considerado y querido. Y si el menosprecio viene del propio padre, el dolor aun más se agudiza.

La pobre mujer del carabiniere Carvajal ha debido de sufrir lo indecible. Sólo justificaba la conducta de su marido porque hubiese podido poner en duda su fidelidad.

Era piadosa. Prefería creer que su esposo podía pensar mal de ella, y no que su esposo fuese un mal padre para su hijas, para los retoños de su corazón, para los pedazos de su alma.

Decididamente, en el fondo de este suceso hay una novela, una cruel novela, que el único que podía dar su clave era el muerto. Pero el muerto guardó su secreto, poniéndole el broche de la bala disparada por una pistola.

Aunque el Carvajal tuviese muchas torturas y muchos quebrantos, ninguno le autorizaba para realizar el criminal atentado en una infeliz niña que no había cometido otro delito que el de llorar desconsolada al ver a su madre insultada y golpeada con inaudita ferocidad.

El suceso conmueve el ánimo con un profundo pesar, porque se ve hasta dónde llega la maldad humana, hasta dónde pueden llegar los crueles instintos de los hombres precisamente en los momentos en que la serena reflexión debiera de imponerse.

El carabiniere Carvajal ha pagado con su vida su locura. Pero quedan en el mundo una esposa infeliz y unas desgraciadas hijas, que tendrán siempre el dolor, el tremendo dolor, de lo que hizo su padre.

CRIMINALIDAD INFANTIL

La estadística belga de la criminalidad infantil nos dice que las niñas son siete veces menos criminales que los niños.

La razón de esta menor criminalidad, dice el *rap-*

port, proviene de una aptitud mejor para adaptarse a las exigencias del medio, ya sea familiar, ya sea escolar, siendo bien entendido que precisan más marcadamente una dirección moral de tutela y una gran desconfianza por la actividad original e independiente.

En el sentimiento del pudor, que caracteriza a la joven normal, nosotros podemos encontrar más repulsión constante por los actos groseros, viles, deshonestos y delictivos, repulsión que existe aunque haya falta de educación.

Estas observaciones pueden aplicarse de una manera igual, a todas las muchachas, sin distinción de raza ni de origen.



El carabiniere Carvajal arroja violentamente al fuego a una niña de cinco años, llamada Felisa, que sufrió graves quemaduras.

cidad del padre—era adusto y las trataba con desprecio y dureza. Nunca se le vió acercarse a ellas para hacerles una caricia o darlas un beso.

Los comentarios que se hacían los vecinos de Riofrío eran muchos, y todos coincidían en que, aparte de la mala conducta del carabiniere Carvajal, que la mayoría conocían y criticaban, debió de sufrir un ataque de locura para llegar al criminal fin a que llegó.

En la hora que escribimos estas líneas, nos enteran que la madre y la hija, convenientemente atendidas en el hospital de Segovia, se hallan relativamente mejoradas de las quemaduras y de las heridas que ambas sufrieron.

LO QUE NOS DICEN los criminalistas

Una entrevista con Serrano Batanero

¿Cuál ha sido su momento de mayor emoción defendiendo a un procesado?

Difícil, muy difícil es hallar el momento que don José Serrano Batanero puede dedicar a nuestros deseos periodísticos, bien justificados por la intensa actuación criminalista del señor Serrano Batanero. (¡Nada menos que veintidós años interviniendo en causas criminales! Su archivo contiene cientos y cientos de resúmenes de procesos, en los que don José ha sido parte más. Hemos visto varias panorámicas, donde se han coleccionado los cuchillos, navajas, puñales con que se infirieron las lesiones, muchas mortales, que dieron lugar a los procesos en que él intervino; y estas armas, pasan de los dos centenares.)

Es difícil—decimos—encontrar el momento propicio para una entrevista periodística con el señor Serrano Batanero; pero, al fin, su amabilidad lo encuentra, entre el sinnúmero de cuidados de su bufete, de su acta de diputado de un partido popular, de su cargo en la Comisión parlamentaria de Responsabilidades, etc.

Lo más difícil, según nos dice al conocer nuestro cuestionario, es concretar cuál ha sido el momento de mayor emoción de su larga vida de criminalista.

—A partir del año 1910—nos explica—, he intervenido en casi todos los procesos ruidosos. Cuando se incoó y se vió el de Ferrer, aún no actuaba yo, al menos destacadamente, en la esfera de lo criminal. En el proceso de Sancho Alegre, tampoco tomé parte. Pero en todos los demás, desde la época indicada, he tenido que danzar. En el del capitán Sánchez, en el del asesinato de Dato, en el de la muerte del cardenal Soldevila, en casi todos los del terrorismo catalán... Pero es difícil señalar el momento de máxima emoción, pues en todas las causas, el verdadero criminalista, pone su alma entera, máxime si actúa como defensor, cosa que he hecho yo casi siempre, ya que el papel de acusador no va a mi temperamento (sólo lo he aceptado en dos ocasiones, y eso por gran compromiso con los compañeros que debían actuar y no podían hacerlo. En estos casos, francamente, no he puesto un gran interés. He desempeñado sin entusiasmo mi papel, bastante desagradable para mí).

Y tras de una pausa, en busca de anécdotas, añade:

—Ahora me acuerdo de algo, que me impresionó vivamente. Usted comprenderá que no le dé datos concretos—nombres, lugares, ni siquiera fechas—, porque, por lo regular, es desagradable para los protagonistas de hechos de esta naturaleza que se les señale de nuevo públicamente. Hay muchas personas que se vieron envueltas en procesos, siendo, en cambio, excelentes sujetos. Bastantes, pasados aquellas circunstancias desgraciadas, han rehecho su vida, e incluso algunos ocupan hoy altos cargos. Volviendo a nuestro relato, diré a usted que se veía una causa por asesinato. Un hombre había sido muerto en su propia casa mientras dormía. El fiscal pedía la pena de muerte; otro hombre, en el banquillo, oía terribles acusaciones contra él. Estaba pálido, cabizbajo. A veces, se le advertían sus ojos, llorosos. Pero siempre que se le interrogaba respondía con energía y serenidad que estaba inocente de tales delitos. Sin embargo, los indicios eran acusadores, y él no alegaba en contra prueba alguna. Yo mismo era un convencido de su intervención en el crimen, buscando, en la monstruosidad de éste, disculpa para lo que yo creía obstinación del procesado en no confesar su delito ni a su propio defensor. De ahí mi emoción cuando uno de los testigos, al regresar del estrado y pasar junto al acusado, se arrodilla ante éste y, abrazándose a sus piernas, le implora: «Perdóname por lo que te he hecho sufrir». Y luego,

volviéndose a los jueces, dice terminantemente: «Yo soy el autor del crimen y no ese hombre». Claro, ante tal confesión, se suspendió la vista, se abrió de nuevo el proceso, y, justificada la irresponsabilidad de mi defendido, éste fué puesto en libertad.

Cuando yo le pregunté por qué no había justificado su actuación el día de autos, me explicó: «Iba en ello la honra y hasta quizá la vida de una mujer». Era que la noche del crimen la había pasado en íntima compañía de una mujer casada, precisamente hermana del matador. Este, por cierto, murió poco después. Tenía entonces ya una tuberculosis avanzada.

—Y otro momento emocional—según don José—, fué un juicio oral contra cinco individuos fichados como sindicalistas y pistoleros, y acusados del in-



Serrano Batanero en el despacho de su casa.

cenario de una fábrica en Barcelona, falleciendo dos personas en el siniestro. ¡Nada menos que para pena de muerte o, por lo menos, cadena perpetua! Al preguntarles a los procesados si tenían algo que alegar, uno de ellos, tranquilamente, se levantó y dijo:

—Pues, sencillamente, que no podemos ser nosotros los autores de ese incendio, puesto que entonces estábamos en la cárcel de esta ciudad, donde llevábamos detenidos cinco meses.

Impresión. Forcejeo con el fiscal. Expectación. Consultas. Comprobación plena, categórica, de aquella afirmación. Y, claro, la libertad. Excuso detallar la emoción mía, cuando yo ya les veía, por lo menos, en presidio. Cuando les pregunté por qué ni a mí mismo habían indicado aquello, explicaron:

«Estábamos amenazados de muerte y ciertos de que se cumplirían tales amenazas en cuanto traspusiéramos las puertas de la prisión, como ya había sucedido a nuestro compañero Evelio Boal. En la cárcel, en cambio, estaban seguras nuestras vidas, aunque no transcurrieran muy agradablemente.»

—Esto da idea—termina don José—de lo que era Barcelona en aquella época.

Joaquín Soto Barrera.

La ciencia contra el crimen

La estrangulación

La estrangulación, dice Littré, es un acto de violencia que consiste en una presión ejercida directamente por el autor, con el codo, por efecto de la cual deja de pasar el aire y quita bruscamente la respiración y la vida.

Podemos ver, por esta definición, que el ahorcado no es más que una forma de la estrangulación. Pero un médico, basado en la medicina legal, ha distinguido en absoluto la una de la otra, diferenciándolas totalmente, tanto por su mecanismo, como por la causa.

En efecto, en el que se ahorca pendiente de una cuerda, son los pies los que, al agitarse, determinan la presión sobre el cuello del muerto. En la estrangulación, es la acción directa de la mano. El ahorcado revela siempre el suicidio, mientras que la estrangulación revela el homicidio.

Una vez sentados los anteriores antecedentes, sabemos que, en medicina legal, se distinguen dos estrangulaciones: la de cuerdas y la de mano.

«La estrangulación por cuerda» puede ser muy raramente accidental; es siempre utilizada como medio de suicidio.

Conocemos algunos casos de estrangulación por cuerda. Tal el de un hombre que, andando por su casa, fué estrangulado por la correa que llevaba al cuallo colocada, y una de cuyas anillas quedó enganchada en un lugar inadvertido, al pasar.

El suicidio por estrangulación de cuerda es relativamente común. Lo que significa una desventaja cuando ha de juzgarse un caso de éstos. Pero hemos de buscar si en efecto es así. En la estrangulación suicida la cuerda está dispuesta de tal forma que la presión continúa mientras el conocimiento se ha perdido. Hemos comprobado que, en el suicida, esta pérdida de conocimiento llega muy rápidamente, y es necesario, para que el suicidio sea posible, que la presión sobre el cuello continúe. Sin la pérdida del conocimiento inmediato, el suicida recobraría el instinto de vida y realizaría esfuerzos por evitar lo inevitable. Es decir, que la estrangulación por medio de las manos debe de excluir toda posibilidad de suicidios. En el suicida con cuerda, o con una parte de los vestidos, es el que no tiene duda.

Para hacer creer en la estrangulación suicida, ciertos individuos ensayan combinar la asfixia para este fin. Así sucedió con un hombre al que se encontró muerto en el lecho.

La estrangulación homicida es, sobre todo, hecha en los niños. Sobre los adultos no puede ejercerse más que por sorpresa.

Tenemos el ejemplo de una mujer que ejerció sobre su hijo, de doce años, el procedimiento, un poco primitivo, de «père François». El desdichado estaba en el lecho y la mujer le pasó una larga cuerda por el cuello, uno de cuyos extremos había sujeto convenientemente; ella tiraba del otro, y ordenó un impulso al pequeño, el que lo realizó inocentemente. Después de esta maniobra, trataba de convertir en desgracia lo que había sido tan solo un crimen, que se pudo comprobar por medio del estudio de las estrangulaciones casuales y provocadas.

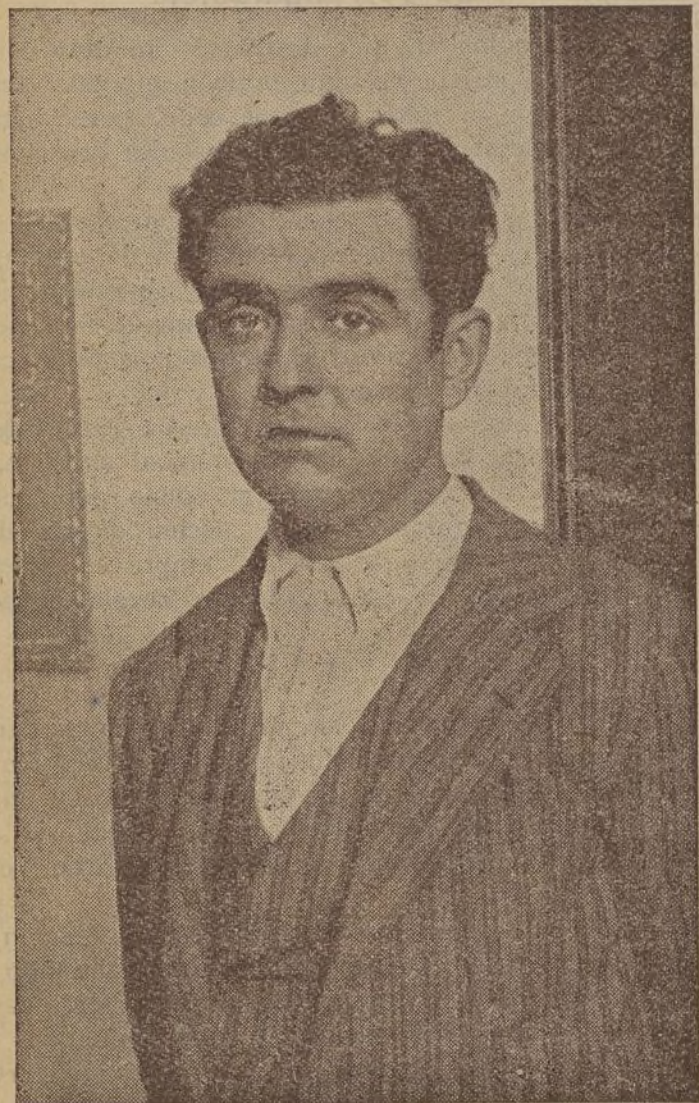
La estrangulación, como suplicio, existe en ciertos países. En Persia, por ejemplo.

EL SUCESO DE LA SEMANA

Otro atentado a la Compañía Telefónica Nacional

Hace varios días tenía conocimiento la policía de que en algunos registros de la Compañía Telefónica se tenía proyectado colocar petardos para destruir las líneas.

Con este motivo, y en los sitios donde estaban colocados estos registros, se tenía montado un servicio especial, por orden del director de Seguridad,



Benigno Rodríguez, detenido en la calle de la Florida por el comisario don Pedro Aparicio, cuando intentaba colocar una bomba.



Las bombas y la pistola con que hizo frente Benigno Rodríguez, detenido en la calle de la Florida por el comisario don Pedro Aparicio.

a cargo de la primera brigada, de la que es comisario jefe D. Pedro Aparicio.

Como consecuencia de este servicio, fué detenido en la madrugada del pasado lunes, en la calle de la Florida, un individuo a quien acompañaba otro, que se dio a la fuga, dejando caer un paquete, en el que se encontraron dos bombas destinadas, sin duda, a volar el registro que en dicha calle y en las proximidades del lugar donde se efectuó la detención, tiene instalado la Telefónica.

El servicio lo realizó el comisario señor Aparicio, a quien acompañaban su secretario señor Rodríguez y los agentes señores Rojas, Montiel, Flores y López Alonso.

Al detenido se le ocupó una pistola de gran calibre, con la que trató de disparar sobre el comisario al sentirse apresado por éste, y que, ayudado por los agentes, logró desarmarle, esposándole para conducirlo en su coche a la Dirección de Seguridad, donde fué sometido a un interrogatorio. El detenido dijo llamarse Benigno Rodríguez, de treinta y dos años, y con domicilio en el Paseo de los Melancólicos, número 2, negándose a decir el nombre del individuo que le acompañaba al ser detenido y que no pudo ser alcanzado por los agentes. También dijo que su actitud obedecía a un acto de solida-

ridad con los huelguistas de la Telefónica, que en otra ocasión prestaron su ayuda a una huelga de impresores, oficio al que dijo que pertenecía.

Manifestó que la pistola que se le había ocupado, y con la que amenazó al señor Aparicio, la llevaba sólo con el propósito de alarmar, pero que por ningún motivo hubiera hecho uso de ella.

Una entrevista con don Pedro Aparicio

En busca del hombre que jugó su vida por la sociedad y para la defensa de la justicia, llevando a cabo personalmente la detención de este individuo, que, en sus exaltaciones, pudo originar trastornos graves, nos encaminamos a las oficinas de la primera brigada, dispuestos a robarle unas horas de su interesante labor y conocer detalles del suceso con toda amplitud. Apenas anunciada nuestra visita por su secretario, oímos la orden que nos abre la puerta de su despacho y la figura grata y simpática—hasta a los malhechores—del comisario sale a recibirnos. Le exponemos nuestra pretensión y se excusa de referir un hecho al que modestamente quiere quitar importancia, pero, poco a poco, y como surja en él, por encima de todo, el policía, y entrando en materia y nos refiere su actuación, que vamos a procurar transcribir, aunque pierda algo de la emoción que la palabra fácil y sincera de nuestro narrador la prestaba.

Estábamos—nos va diciendo—, en cumplimiento de las órdenes recibidas, en un portal de la calle de la Florida, inmediato a la Papelería, tres agentes a mis órdenes y yo, y en las calles de Apodaca, Barceló y Hortaleza, tenía también establecida una vigilancia especial.

Trascurría lenta y desapacible la noche, y poco después de las dos, cuando íbamos desconfiando de la eficacia de nuestra espera, pasaron por delante del portal, que se conservaba entreabierto, dos individuos, uno de los cuales era portador de un paquete bastante voluminoso, en el que, mal envueltas, vimos dos masas oscuras, que no dudamos eran las bombas que pretendían colocar en algún registro; el otro llevaba las manos en los bolsillos, y una de ellas—la derecha—casi fuera, con el puño cerrado, como oprimiendo la culata de una pistola. Apenas pasaron de nuestro escondite, ordené a los agentes fueran en su seguimiento, y yo cruzando de acera, marchaba a su altura.

Al llegar los individuos a quienes perseguíamos a las inmediaciones de la calle de Apodaca, y sin duda porque oyeron los pasos de los agentes que en ella estaban apostados, cambiaron de rumbo y se dirigieron hacia mí. Yo, procurando pasar desapercibido, y como si fuera un vecino que va en busca

de la cama, continué mi marcha, y ya cerca de ellos, y para disipar algún recelo que mi presencia hubiera podido despertar, simulaba subirme el cuello del abrigo como para combatir el frío, que era a aquellas horas bastante fuerte. Al llegar a mí, y aun sin demostrar la menor desconfianza, los dos perseguidos me abrieron paso entre ellos y fué el momento que yo aproveché para sujetar a ambos, pero como viera que el que llevaba la pistola forcejeaba por sacarla, me vi obligado a abandonar al otro para sujetarle más fuertemente. y él aprovechó la ocasión para, dejando caer el cuerpo del delito, darse a la huida sin que la oscuridad de la noche permitiera que lo alcanzasen los agentes que salieron en su persecución.

Mientras, yo continuaba sujetando al otro, que logró, al fin, sacar la pistola, y le oí decir entre dientes, en el forcejeo de la lucha: «Déjame, o te mato!»

Casi momentáneamente, todo ocurrió en menos de un minuto, tuve a mi lado a mi secretario y los agentes, que me ayudaron a desarmarlo y ponerle las esposas.

Ya esposado el individuo, y como yo tenía en mis manos su pistola, volvió a hablar para decirme:

—Tenga cuidado, que está montada.

La veo con precaución y, efectivamente, estaba en disposición de disparar, y en su recámara había una bala de las llamadas explosivas.

Sólo a la feliz coincidencia de sujetar al individuo por el antebrazo, impidiéndole así todo movimiento, debo el no haber recibido un balazo que, con la clase de proyectil que llevaba el arma, hubiera sido forzosamente mortal.

Pero crea usted que no tuve temor ninguno al conocer el peligro pasado, porque yo soy fatalista y creo que sólo sucede aquello que debe suceder.

—¿...? —Luego, poca cosa: en mi mismo coche lo traje a la Dirección, en cuyos calabozos quedó detenido después de prestar declaración, para pasar a la Cá-

cel Modelo, donde ha quedado durante setenta y dos horas incomunicado.

—¿...?

El desenlace ya comprenderá usted que yo no puedo ni tengo por qué adivinarlo, me he limitado a cumplir las instrucciones que tenía; sin embargo, puedo asegurarle que no deseo a mi agresor ningún mal.

Y como en estos momentos se requieren sus instrucciones para diferentes servicios, me despido de



Nuestro compañero Fernando Cuevas hablando con la madre de Benigno.

don Pedro—ángel bueno de los redactores de sucesos—deseándole, muy de veras, que la suerte se muestre tan propicia siempre, como se ha mostrado en esta ocasión.

Un rato de charla con la madre del detenido

En busca de los familiares del detenido, ya que a él nos impide verle la orden de incomunicación, nos encaminamos al Paseo de los Melancólicos, número 2, en donde vivía Benigno, en compañía de su madre y una hermana.

Descendemos de un taxi, extraño signo de ciudad en aquel despoblado, y desorientados interrogamos a un hombre que con otro charla amistosamente, y que nos parece debe conocer el barrio. La suerte nos protege, pues nuestro interrogado no sólo lo conoce, sino que es vecino de la madre de Benigno, y con esa amabilidad tan madrileña, se brinda a acompañarnos, y en el corto trecho que recorremos se muestra con dolido de la suerte de este pobre muchacho, que es víctima, sin duda, de un momento de irreflexión. Bruscamente corta su conversación y nos señala una puerta que dice es la que buscamos, e iniciando un saludo, nos abandona.

Unos golpes sobre la puerta, tras de una breve vacilación, y ésta se abre, y una muchacha joven nos pregunta el motivo de nuestra visita. Invocamos por segunda o tercera vez, en poco tiempo, el nombre del detenido, añadiendo nuestra condición de periodistas, y nos franquea la entrada a una primera habitación-cocina, y al fondo de ella, en otro segundo y único departamento, tendida sobre la cama, una mujer vieja, más por el sufrimiento y las privaciones que por los años, en quien suponemos encontrar a la madre, única víctima de los ardores e imprudencias del hijo.

A está enferma, a los padecimientos físicos y achaques, ha venido a sumarse la pena que la causó la

noticia, y desde el mismo día que fué preso su hijo, no ha podido abandonar el lecho.

A sus oídos ha llegado el rumor de que, como castigo a sus actos, será deportado, y nos recibe con una pregunta:

—¿Usted cree, señor, que me lo mandarán fuera? La tranquilizamos con nuestros razonamientos y nos va poco a poco refiriendo lo que ha sido su vida desde que, hace diez años, cuando Benigno tenía sólo once y era un principiante en la imprenta de un semanario popular, murió su marido y tuvo ella que luchar con la vida, ayudado ya por su hijo, que siempre, siempre, asegura, se mostró decidido para el trabajo.

Ahora, en los últimos tiempos, trabajó en una imprenta del barrio de Salamanca, y con una parte de su jornal contribuía al sostenimiento de la casa. Hace unos meses, en el taller declaróse la huelga y los obreros de la Compañía Telefónica les prestaron su apoyo para conseguir sus pretensiones, y de ahí nació la obligación en que él se creyó de apoyar ahora a los huelguistas de la Telefónica, y apoyarlos, incluso, con su cooperación personal en sus actos de sabotaje.

Diga usted—nos dice—que mi hijo no ha tenido nunca malos sentimientos y si hizo esto fué por sus ideas y porque creía que debía corresponder a lo que los otros hicieron por ellos antes.

Y mientras Río «nos sorprende» en la charla, la disparo la última pregunta: —¿Cómo llegó a usted la noticia?

La misma noche que le detuvieron, ya a las cinco de la madrugada, unos señores agentes vinieron a registrar la casa, y aunque nada quisieron decirme, me di cuenta de que algo debía ocurrir a mi hijo. Aquella misma noche, una vecina que vende periódicos me dió la noticia, que ya venía en los papeles, y desde entonces estoy en cama sin poderme levantar para ir a verle.

—¿Usted cree—me pregunta—, que le verá pronto? Con una contestación afirmativa nos despedimos de esta madre, víctima de lo que ella llama las ideas de su hijo.

FERNANDO ERENAS



El comisario don Pedro Aparicio acompañado de los inspectores y agentes que efectuaron el servicio.

Nuestras portadas

Lucha de unos campesinos con dos ladrones

En Hospitalet, la pequeña ciudad próxima a Barcelona, ha ocurrido el sangriento suceso, cuya reproducción gráfica ocupa la primera de nuestras portadas. Dos hombres que pasaban por unos campos intentaron coger algunas alcachofas. Se dieron cuenta los campesinos de la rapacidad de que eran objeto y acometieron brutalmente a los dos individuos. Estos se defendieron, pero los rindió el mayor número de los que atacaban con tan feroz instinto que utilizaron picos, palas y azadones. Los dos hombres quedaron muertos sobre el mismo lugar de la refriega, uno con el cráneo destrozado por el golpe enorme recibido, y el otro con pecho atravesado de parte a parte con una horquilla de las que usan los trabajadores en el campo.

Las dos víctimas eran transeúntes. Nadie los conocía en el lugar. Se defendieron bravamente, pero no causaron daño alguno a sus atacantes.

Nuestras portadas

Un chofer de taxi asesinado en París

El hecho de que un chofer de taxi aparezca asesinado es ya frecuente, lo mismo en España que en Francia.

Unos desalmados alquilan un coche. Le dan una dirección lejana; es siempre preferida aquella que para llegar se tenga que pasar por lugares poco frecuentados, y cuando se llega al sitio elegido desajitan al pobre chofer. Si éste se resiste es cuando viene el asesinato.

Eso es lo que ha sucedido cerca de uno de los pueblecillos que rodean la vieja ciudad francesa de Blois, en cuyo hecho encontró la muerte un pobre conductor que acababa de contraer matrimonio.

Los malhechores le robaron la recaudación del día, un par de cientos de francos, y como se resistiera, de un golpe lo dejaron sin vida.

El hecho, ya muy repetido, debe poner en guardia a los conductores de coches contra los clientes que, en horas desusadas, les den direcciones muy apartadas.

TALLERES POLIGRÁFICOS, S. A.—FERRAZ, 72, MADRID

El que se aventura por cerca de la Chapelle, durante el día, sólo se encuentra con una calle apacible. De vez en vez, cafés con nombres prometedores: «Claro de Luna», «Sol de Oro», «La vuelta de las golondrinas».

Muchos hoteles en los edificios, con grandes muestras multicolores, y la nota bizarra de las persianas de sus huecos. Todo de apariencia honesta.

A lo largo de esta calle, pequeñas tiendas con los cierrres echados. En estas tiendas, hace un año que las prostitutas ejercían su oficio. En ellas trabajaban durante el día, colocándose a un lado de la puerta, esperando al cliente. De esta forma evitaban pasear con él, lo que puede traer encuentros desagradables. Hoy, la policía ha hecho clausurar estas tiendas. Por eso está la calle tranquila durante el día. Pero a partir de las nueve de la noche, el comercio de amor viene a recobrar sus derechos en la calle de la Charbonnière.

Cuando yo paseo por tal lugar, no se ha hecho todavía de noche. El dueño del café emotivo «Claro de Luna» bebe conmigo, mientras charla, cosa que me conviene.

—El barrio ha cambiado—dice—; hoy está tranquilo. Cuando yo llegué a él, hace siete años, era de ver. Había gente maleante que rondaba la casa y quería hacerme valer su ley. Sobre esto hay libros que le cuentan a uno muchas cosas.

Y llama a su mujer.

—¿Dónde están los libros?

Del primer piso llega la respuesta:

—«Un mois chez les filles» y «L'amour vénal» están en la fresquera.

En esta biblioteca improvisada hay más volúmenes. Pero he aquí que la puerta se abre y una mujer, con los ojos cansados por el sueño, aparece.

—Un espumoso, señor Claudio.

El patrón la sirve, y regresa.

—Verdaderamente, está todo tranquilo hoy. Sólo un suceso cada dos o tres meses. No busque más. Mire: aquí hay algo del 22 de julio de 1930. Ocurrió delante de mi misma puerta.

Dos hombres disputaron por una misma mujer. Se llamaban ellos Rabaude y Crêteur. Ella, Alice Vaigne. Durante el día los dos trabajaban, y por la noche, las mujeres les daban lo superfluo. Uno de los dos atemorizaba al otro constantemente. Aquel día le pidió dinero. El otro rehusó. Yo lo vi, porque pasó delante de mi tienda. Crêteur tenía un cuchillo en el bolsillo, la discusión se envenenó y Rabaude fué herido. Vino a caer diez pasos más abajo.

Pero ya le digo que todo esto ha pasado. Hoy todo está tranquilo. Por las noches no se ven aquí más que empleados de los caminos de hierro, que vienen con sus linternas encendidas.

No obstante las declaraciones del dueño del



La Chapelle es una calle tranquila durante el día.

del París de miseria

El barrio del amor fácil

A partir de las nueve de noche el comercio del amor conquista sus derechos en la calle de la Charbonnière.

Se vuelve sorprendido.

—¿Qué haces tú aquí?

—Y tú?

—Nada. Vayamos a beber una cerveza.

Entramos en una taberna. Julot me explica. Los negocios van mal y ha cambiado de lugar para ver si mejoran.

—¿Y vives...?

—Aquí.

Y me señala un hotel, que no tiene aire de garaje (Julot antes era ladrón de autos).

Mas algo ocurre en la calle. Acudo a la ventana y observo. Entran algunas mujeres rápidamente y explican. Es cosa que pasa muchas veces por día. Discuten el precio con el peluquero de la esquina y se van.

El espumoso corre, y Julot parece fácil a las confidencias.

—Tú ves esos cuatro que hay ahí?—me dice—. Son el Petit Paise, Dramen, Doubienietal y Beaugosse.

Y como aparecen algunos más, prosigue:

—Mira, «Cabeza de plata», por sus cabellos blancos; Pretencioso y Camembert...

—¿Y por qué Camembert?

—Su mujer es lechera en la calle de León.

Una mujerzuela que nos escucha, Salange, dice:

—Pero cuál mujer? ¿La sexta, le séptima...?

—No se sabe cuál; cambia de lecheras. Por eso el nombre.

Hay un poco de silencio, que aprovecho para observar. Julot, después de beber, habla de nuevo:

—Tú puedes ver algo curioso. La prostitución clandestina es difícil, y las «racias» frecuentes.

La mujer habla:

—Nos hacen la vida dura.

Julot sonríe y dice:

—Tú puedes trabajar. La Policía no puede nada contra esto. «La «millieu» es algo interesante. No te va mal. Se roba bien por tu medio.

—No obstante—dijo yo—es fácil dar con el culpable.

—Eso piensas tú. Cuando el cliente se levanta, la individuo le hace beber. En

el cuarto le quita el dinero, pero allí no lo guarda. Lo entrega a un cómplice.

—¿Y nada más?

—Nada más. Salvo esto, el barrio está en calma.

—¿No hay crímenes?

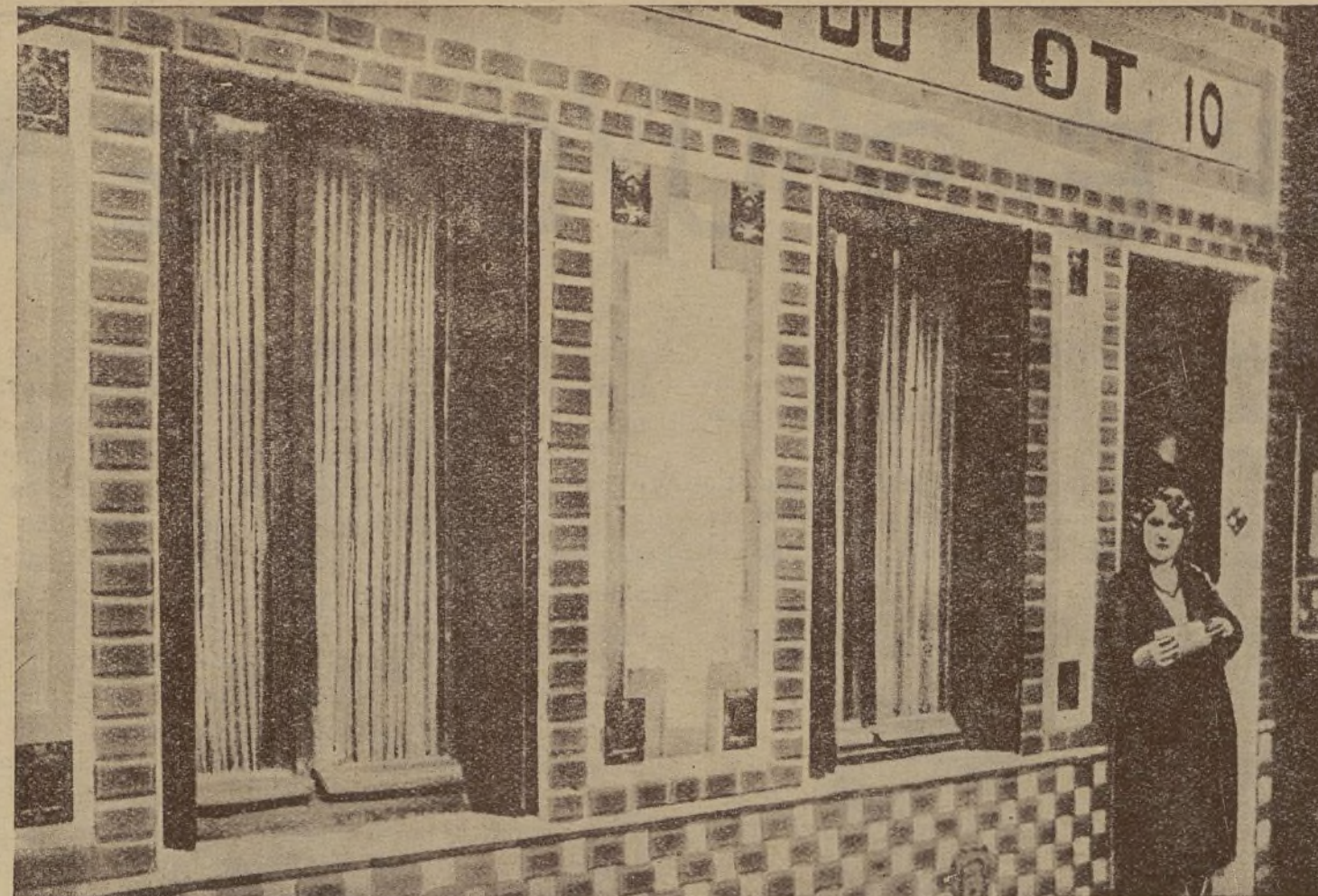
—Cuando los hay son pasionales. Son siempre historias entre marido y mujer. El «affaire» Marty es un ejemplo.

Después de esto nos separamos. Julot me dice:

—Ven esta noche a las diez. Puede ser que tú te alegres, viejo.

Yo siento preocupación por el «affaire» Marty, y busco datos. En la Comisaría, un comisario amable, con una rara bondad, se pone a mi disposición. Me informa. El «affaire» Marty es vulgar. Estupendo sólo por el cinismo de las declaraciones de ella.

Hace tres años, Marty, empleado en la T. C. R. P., fué muerto por su mujer. Se habían separado después de tener un niño, porque a ella le era imposible hacer con él la vida común, y se vino a este barrio. Un día Marty encontró a su mujer en el boulevard Barbés y la suplicó volver a la vida común y ella rehusó. Entonces él le pidió ir con ella una úl-



En la puerta del hotel espera al cliente.



Una carrerista en pleno Boulevard.



Estos hoteles de aspecto tranquilo son las cavernas del amor.

tima vez. «Yo no creí mi deber rehusar a esto, porque era mi marido», dice la declaración. «Entramos en un hotel. No llevaba premeditado mi crimen. Con un raspador que llevaba para mi trabajo fué. No podía resistirle en la intimidad.» He aquí el drama más reciente de la rue de la Charbonnière

La rue de la Charbonnière está silenciosa. Con poca luz. Por cada puerta que paso, salen una o dos mujeres, que me toman del brazo.

No se escuchan las frases mundanas de las prostitutas del boulevard: «¿Vienes, querido?» «Estaré encantada». Pero sí nombres muy diversos, de una enorme crueldad, y frases como ésta: «Hay cuartos a tres francos».

Algunas puertas de las pequeñas tiendas están entreabiertas, y de la oscuridad llega el eco de respiraciones agitadas. ¡El amor de los pobres no tiene siempre necesidad de lecho!

En un momento desaparece la calma. Delante de la tienda del peluquero Tardieu, dos hombres discuten y dos mujeres caen en poder de la Policía.

—Que circule todo el mundo—dice el inspector jefe.

Yo, sordo al mandato, atravieso la calle y me aproximo. El inspector me mira:

—¿Qué hace usted aquí? Circule.

Entonces sus hombres me rodean. Digo «Periodista». El inspector me felicita y me invita a seguirles.—M. A.



En acecho...

«Claro de Luna», no estoy seguro de que el barrio sea tan tranquilo. Y puede ser que no me haya equivocado. En la puerta de un hotel vecino veo aparecer la figura de una buena pieza: un maleante que me sirvió de guía días pasados para apreciar cosas curiosas en el boulevard. Salgo del «Claro de Luna» y le llamo:

—¡Julot!



Muchos hoteles tienen las persianas cerradas.

UN RECORD DE LA CRIMINALIDAD

JESUS EL MALVADO

¿DESPRECIO O COMPASION?

La vida nos guarda de vez en cuando, la sorpresa de un monstruo humano. ¿Debemos lanzar sobre ellos la mácula del desprecio, o debemos juzgarlos como seres anormales, a los que se precisa someter a un régimen facultativo de estudio? Es



Jesús amenaza a su padre, ya viejo y achacososo.

esta la pregunta que nos hacemos, cuando la vida nos da alguna de estas sorpresas. Desde luego el primer movimiento es de repulsión. Después llegamos a un momento de compasión, muy dentro de como deben de juzgarse esta clase de tremendos delitos.

ANTECEDENTES

En la provincia de Cáceres, en un lugar denominado Cerrilla, del término de Piernal, vivía hace tiempo Jesús Vicente García, en compañía de un hijo suyo, llamado Félix Vicente Prieto.

En los primeros días de diciembre, un fuego redujo a cenizas la choza de Jesús, y otra colindante. En la choza de Jesús dormía, en el momento de declararse el incendio, su hijo, el cual pereció carbonizado. Jesús lanzó su dolor a los cuatro vientos y habló a todo el mundo de la tremenda desgracia que sobre él pesada, y que le había dejado en pocas horas sin hogar ni hijo. Pero...

LA SOMBRA DEL PASADO

Las gentes tienen siempre un instinto para la averiguación de los crímenes. En esta ocasión, los convecinos de Jesús dieron en pensar sobre el dolor del padre, y aunando circunstancias especiales vinieron a dar en que no era lógico, ni mucho menos, que el hijo de Jesús no hubiese podido escapar del fuego en sus primeros momentos. ¿Se trataba de un crimen? Los antecedentes de Jesús no pueden ser más propicios; todo el mundo los recuerda, y a medida que el recuerdo se va definiendo en los cerebros, las bocas hablan, primero en voz baja, temiendo la equivocación, que puede ser fatal para el acusado; después pidiendo a la justicia proceda contra quien creen, ya, seguramente, parricida.

HACIENDO HISTORIA

Mas anotemos los recuerdos que las gentes guardan de este hombre.

De mozo, fué siempre el que agriaba las cuestiones que surgían entre los mozos del pueblo; su mayor alegría parecía cifrarla Jesús en las pendencias

sean sus encantos. Pero la hija de Jesús era por naturaleza guapa. Se reunía con las de su igual, y todo el mundo reconocía en el pueblo que la hija de Jesús era de las que más llamaba la atención. Los elogios que se hacían delante del padre, en vez de avivar su orgullo paternal, no hicieron más que descubrir la fiera que había dormida en el fondo del alma de este hombre, y despertar en él un deseo brutal de posesión de la hija.

Y un día, los vecinos tuvieron que intervenir, aterrizados, en una cuestión familiar, que fué disfrazada con otro motivo, pero que en el fondo no fué sino el intento de violación que el padre realizó en la persona de su hija, sin llevarlo a efecto.

Este es un de los hechos en que se basan las gentes del término de Piernal para acusar a Jesús. El otro hecho es más reciente.

Debido, sin duda, a la conducta de Jesús, demostrada de modo tan palmario, el padre le amonestaba frecuentemente, cosa que desagradaba a Jesús en extremo, y un buen día—si puede llamarse buen día aquel en que se comete una mala acción—Jesús golpeó brutalmente a su padre, un pobre anciano que sentía la amargura de haber descubierto en el hijo un monstruo infernal, sin freno de ninguna especie para sus maldades.

CONCLUSION

Después de estos antecedentes trágicos, ¿sería muy aventurado pensar el que las gentes se equivocan cuando señalan a Jesús como el matador de su hijo? Las chozas ardieron de noche y el cuerpo del hijo de Jesús estaba envuelto en una manta, en forma especial, y sobre un montón de leña. ¿Es creíble el hecho de que Félix buscara tan incómodo lugar para pasar la noche? Además, existe la circunstancia de que Jesús no ha podido justificar aún dónde pasó la noche trágica. Lo más probable es que en una discusión con el hijo lo matara y después prendiera fuego a las chozas con objeto de evitar toda huella de su tremendo crimen. Este monstruo ha ingresa-



Hizo una pira sobre la que tendió atado a su hijo Félix.



Hombre de insanos apetitos, trató hasta de violar a una hija suya.

do en la cárcel y la justicia busca por todos los medios el esclarecimiento de su espantoso crimen.

Este crimen, que tiene verdaderamente indigna-

dos a los tranquilos habitantes de Cerrillo, y que no quedará impune, puesto que todo el pueblo ayuda a la justicia para, con su esclarecimiento, casti-



Prendió fuego a las chozas para que nada quedase de ellas, y así asegurarse la impunidad.

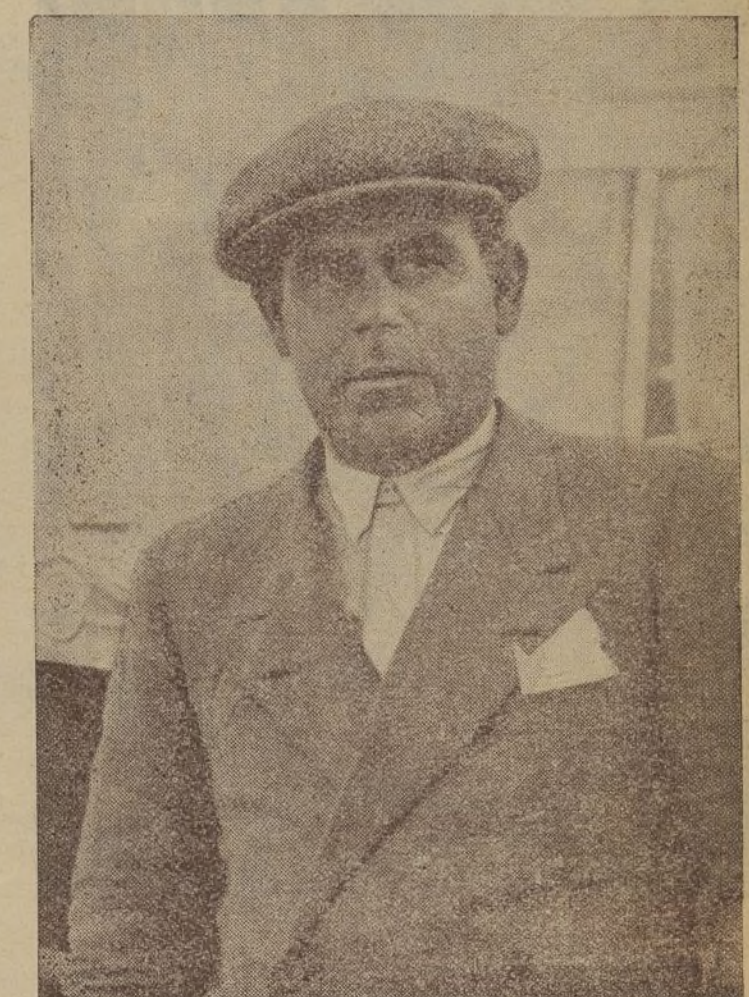
gar al criminal sin entrañas, que mata de esta horrenda forma a su propio hijo y con verdadero cinismo y tranquilidad quiere hacer desaparecer toda huella de culpabilidad para burlar audazmente la acción de la justicia, sin tener presente que el crimen que comete es el matar a un ser que lleva la vida unida a él por la sangre y el cariño y que es su misma vida la que mata.

LOS PISTOLEROS EN SEVILLA

Del último atentado



El contratista de obras, don Antonio Fajardo Gallani, muerto de cinco tiros por tres pistoleros.



Antonio Rodríguez Gallardo, chófer del taxis que utilizaron los pistoleros para su huida.

LOS SUKES

fuera de España

ASESINO DE SU PROPIO HIJO

Todos los días el policía Jack Rau, de Marced (California), encargado de la custodia de un paso a nivel, daba vía libre a un autobús cargado de niños que iban a la escuela. Entre estos niños iba el suyo, Robert Rau, de seis años.

Robert Rau se colocaba siempre al lado del conductor para decir buenos días a su papá, que oprimía, al paso, la mano del pequeño.

Hace algunos días el autobús se presentó con el retraso de algunos segundos. Jack Rau sabía que un tren debía de pasar, pero creía tener aún tiempo de poder dar el paso, e hizo el signo, al mismo tiempo que sonreía a su pequeño Robert.

Y llegó la horrible catástrofe! El pesado vehículo, cargado de cien escolares, que reían y cantaban, no había aún franqueado el paso franco, cuando apareció a todo vapor el rápido. Pese a los esfuerzos del maquinista y del con-



ductor del autobús, que se habían dado cuenta de la horrible tragedia por los gritos de agonía de Jack Rau, lo inevitable se produce. La locomotora se precipita sobre el coche y lo envía a cuarenta metros de distancia, sobre el talud. Seis niños quedaron muertos en el acto; cuarenta están gra-

vemente heridos, y otros han sufrido una conmoción nerviosa, que les hizo correr, llorando, a través del campo, sin saber adónde ir.

El pequeño Robert Rau resultó con la fractura del cráneo, de una pierna y contusiones en todo el cuerpo. Se espera, no obstante, salvarlo, lo mismo que se es-

para salvar a su padre, al que una congestión cerebral retiene en el mismo hospital, aunque se ha creído en principio que se volvería loco, debido a la impresión que le causó su lamentable error.

Nuestra foto muestra a madama Rau, mujer del policía y madre del pequeño Rau, junto al lecho de su hijo.

Por matar a su marido



Cornelia Voisin, que mató a su marido por irse a vivir con su amante, dejando abandonada a una niña de cinco años. Cornelia declarando ante el tribunal que ha de juzgarla, en Orleáns.

UNA AMERICANA FATAL



La señora Alicia Kiwood. Es una americana que mató a su marido a los dos años de casada. Sus amigas la llamaban «la mujer trágica». Tuvo dos novios. Uno, por un accidente de «moto», resultó muerto; el otro, falleció de repente. Se conoce que el que llegó a ser marido tardaba en morir y Alicia tomó la resolución «heroica» de matarlo.

UN NIÑO PRESO



Esta mamá, madame Timmons, se ha visto precisada a hacer prisionero a su hijo de cinco años. El niño se encuentra en la prisión de Hammond (U. S. A.). Este pilluelo precoz se escapaba constantemente y cometía pequeños delitos. Madame Timmons va todos los días a ver a su pequeño, pero busca alguien que lo adopte y se encargue de él.

JEFE DE UNA BANDA



Se llama esta joven de diez y ocho años, jefe de una banda de criminales, Dorcas Bacon, mas su verdadero nombre es Sally Scott, que para nada usa. Es un ejemplar único de los bajos fondos de Filadelfia, en donde se ha impuesto por su valor a los hombres que la siguen.

EL DOBLE CRIMEN DE RICOBAYO

UN HOMBRE Y UNA MUJER MUERTOS

El pueblecito de Ricobayo, en la provincia de Zamora, era, hasta hace poco tiempo, una nueva «aldeita perdida», cuya tranquilidad, paz, sosiego, pudieran inspirar una nueva égloga palaciovaldesiana. (Un lugar de 334 habitantes, a 36 kilómetros de la cabeza del partido—Alcañices—y 24 de la capital de la provincia, siendo la de esta ciudad la estación más próxima. Nada, pues, de política, ni hablar de cuestiones sociales; si acaso, algo de murmuración. Tranquilidad absoluta.) Esto —decimos—era hasta hace pocos meses. Luego, la empresa de los Saltos del Duero comenzó en el término municipal de Ricobayo unas obras para aprovechar la «hulla blanca», un poco oscura, del río Esla, que «da la feliz casualidad» de que pasa por el insignificante pueblecito zamorano.

Entonces se alteró la paz octaviana o palaciovaldesiana que gozaban los ricobayenses. Llegaron obreros forasteros—muchos portugueses—, y hasta unos cuantos guardias civiles, con los que se formó un puesto, especie de campamento, cerca de las obras. Consecuencias naturales: borracheras, requebros. Las mujeres del pueblo, bastante guapas, por cierto, andaban inquietas. También entró en Ricobayo dinero en abundancia, elevando la desazón con frecuentes escapadas de los ricobayenses a la capital y aún más continuados «morritos» de las ricobayensas hacia sus maridos o novios.

EL GERMEN DE LA TRAGEDIA

Uno de los favorecidos por la lluvia áurea fué Angel Castán Caramenzana, a quien la entidad citada abonó hace pocos días unos cuatro mil duros por la expropiación de unas tierras de su propiedad que han de utilizar en las indicadas obras.

El cobro de este dinero fué el comentario del pueblo durante varios días. Angel, seguidamente, envió las 20.000 pesetas a un hijo suyo, destinado, en el Cuerpo de Carabineros, en Salamanca, para que las depositase en una entidad bancaria.

Sin embargo, desconociendo aquel detalle, alguien pensó en apoderarse de aquella cantidad.

EL CRIMEN

Angel, de sesenta y cinco años de edad, cabo de Carabineros retirado, vivía con su esposa, Magdalena Santos, de cincuenta y cinco años, y una hija de ambos, de veintiocho años de edad y llamada Honorina, en una casita de su propiedad situada al lado del puente con que en el citado término municipal la carretera de Zamora a Alcañices cruza el Esla.

El día 3, al anochecido, Honorina, conforme a su costumbre, se dirigió a la iglesia del pueblo para rezar el rosario. Cuando regresó, una hora después, tan

pronto traspuso la puerta de entrada a su casa, y estando ésta completamente a oscuras, tropezó con un bulto que se hallaba en el suelo. Dada la luz, vió, con el natural espanto, que sus dos progenitores se encontraban tirados en medio de un gran charco de sangre y sin dar señales de vida.

El anciano tenía ambas manos sobre el vientre, del que, entre cuajarones negruzcos, salían las vísceras intestinales. Sin duda, el desgraciado había pretendido contener aquella vida que se le escapaba. También se advertía que antes de morir se había revolcado, seguramente con terribles dolores, por el suelo encharcado de sangre, ya que tenía las ropas y hasta el rostro horriblemente manchados. Magdalena, por su parte, tenía clavada en el pecho una enorme faca.

Honorina salió como loca, pidiendo auxilio. Pronto se encontraban todos los vecinos del lugar en la casa. El médico acudió también rápidamente, pero no pudo hacer más que comprobar la muerte de las víctimas de la salvaje agresión. Hecha la autopsia al día siguiente, se observó en Angel un horrible destrozamiento en el paquete intestinal. A Magdalena, la terrible puñalada la había atravesado el corazón.

¿QUIÉNES SON LOS ASESINOS?

Está fuera de duda que el móvil del crimen fué el robo, si bien no lograron los ladrones apoderarse del dinero que buscaban por la circunstancia señalada de que Angel se lo había enviado a su hijo.

Tampoco cabe duda de que el asalto lo realizaron dos o más hombres, atacando simultáneamente a los dos ancianos, ya que, de haberlo hecho uno solo, alguno de aquéllos habría podido escapar, o, al menos, gritar pidiendo auxilio.

Muchos de los vecinos de Ricobayo, armados de escopetas, dieron una batida por los alrededores, pero no encontraron el menor rastro de los asesinos. Igualmente, la Guardia civil del aludido puesto de los Saltos del Esla viene practicando pesquisas, que hasta ahora no han dado resultado alguno.

Lo más probable es que los asesinos, frustrados sus propósitos de robo, huyeran a campo traviesa, aprovechando las sombras de la noche, y quizá hayan conseguido internarse en Portugal, cuya frontera está bastante próxima.

Desde luego, el tema de todas las conversaciones en el modesto pueblecito zamorano es el doble

asesinato, que ha puesto un hondo horror en aquellas almas, antes tan tranquilas, que hubieran podido inspirar una nueva égloga palaciovaldesiana.

EL MÓVIL.

No cabe duda, como antes decimos, que el móvil del doble asesinato cometido en los ancianos Angel Castán y Magdalena Santos fué el robo. De haber sabido los criminales que las veinte mil pesetas que buscaban ya no estaban en la venta, sino depositadas en una entidad bancaria de Salamanca, a estas horas los viejos gozarían su vida.

En estos días temibles de angustias y de privaciones, lo que más acicata el mal instinto de los hombres, es el dinero; y si las pasiones motorizan la acción, lo hace también, y vigorosamente, el afán de apropiarse, sin el esfuerzo del trabajo, de unos montones de duros o de unos fajos de billetes.

Decía que el suceso ha conmovido al pequeño pueblecito; es poco. Lo ha trastornado completamente, poniendo espanto entre los sencillos aldeanos, que, aunque pobres, miserables, no pueden hacerse a la idea de que, por robar unas pocas pesetas, se prive de la vida a dos seres y se ponga un terrible luto en una familia.

FINAL.

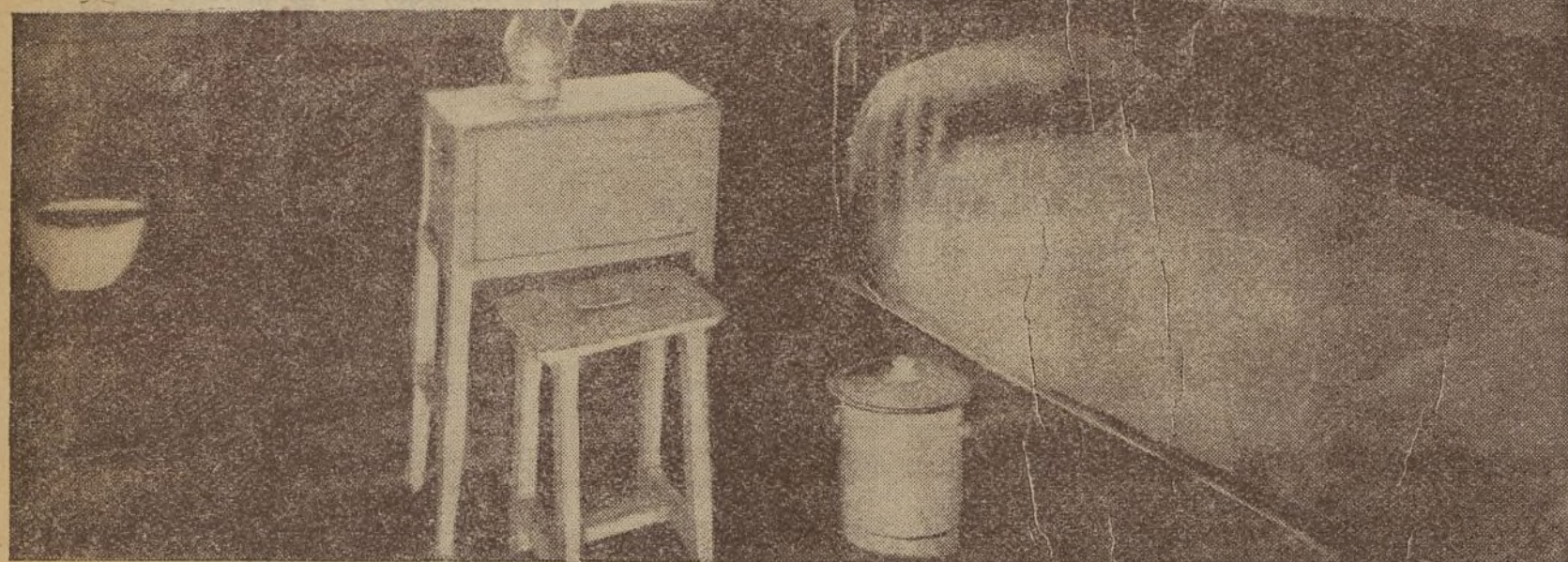
¿Aparecerán los asesinos? Aunque la policía busca con ahínco una pista, es difícil encontrarla, pues la diversidad de gentes que han ido a habitar los sencillos pueblecitos de la provincia de Zamora, ilusionadas por encontrar trabajo en las obras que en la actualidad se realizan en los saltos del Duero

B. S.



De esta forma aparecieron muertos en el pueblecito de Ricobayo Angel y Magdalena.

Un reformatorio de jóvenes delincuentes



Interior de una celda.

UN DIA EN LA ROQUETTE

Al final de una calle sombría, el Père Lachaise ha dibujado su mil cruz de piedra. En esta calle, enfrente de la Petite Roquette, se elevaba la Grande Roquette, la prisión de los condenados a muerte. La Grande Roquette ha desaparecido, pero ha dejado en la calle un rasgo visible, al cual la vecindad del cementerio da una significación siniestra.

Cinco anchas losas forman un cuadro. Por sus anchos poros se escapa un poco de la vida d'Orsini, de Verger, asesino del arzobispo de París, de la Pommerai y de Collignon. La lluvia y el sol las han patinado, pero la sangre que han visto les ha dado un tinte indeleble. Al transeúnte le acobarda, sin duda, el drama que ellas testimonian.

Los detenidos de la Petite Roquette pueden en ello tomar ejemplo, para desear con más ahínco la libertad y la dignificación.

Vista desde un poco alto, la Petite Roquette hace pensar en una fortaleza. Piedras negras, murallas espesas, y en algunos lugares de ellas, los impactos de las



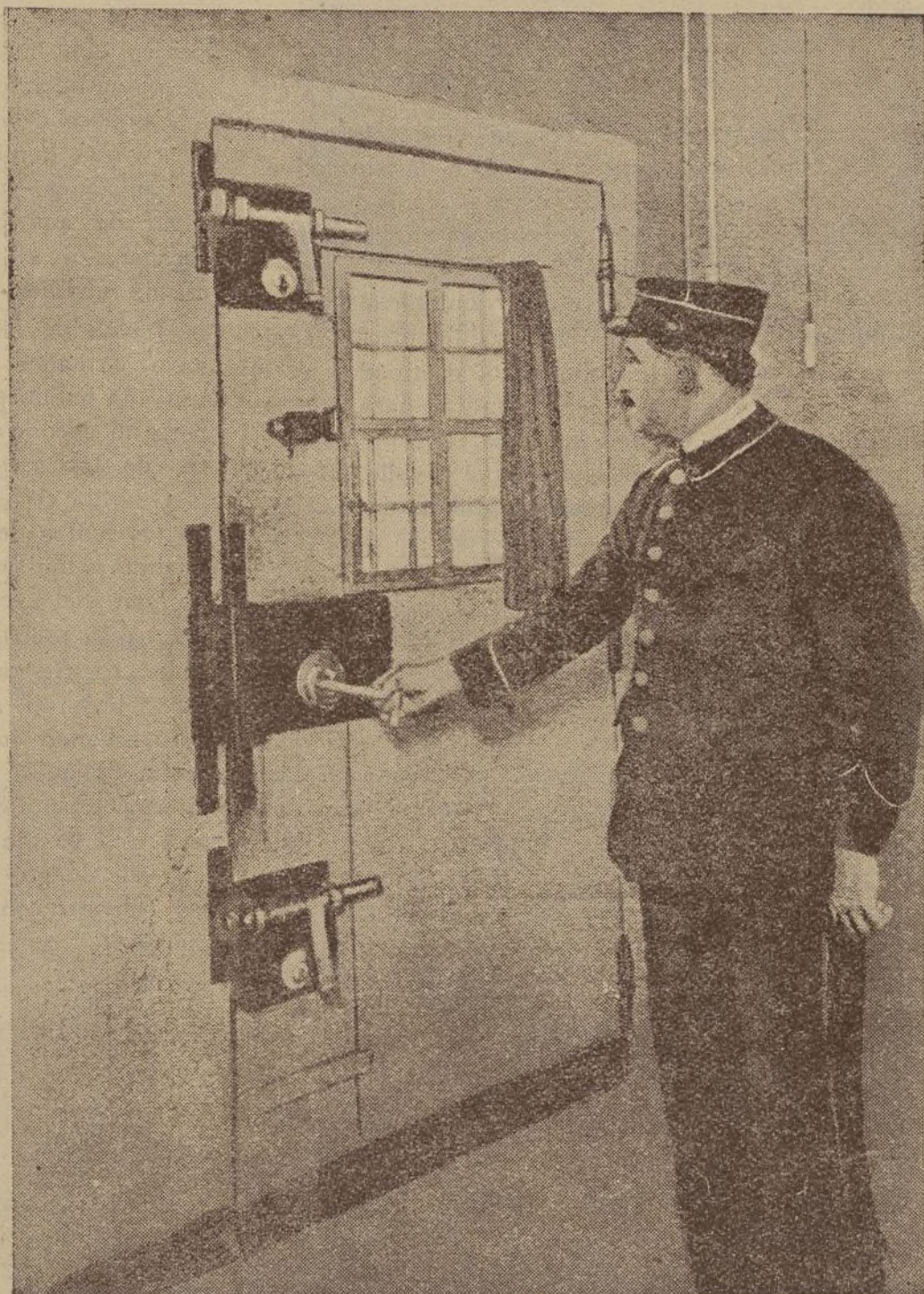
El bello aspecto exterior de la fortaleza, muy Edad Media,

balas del pelotón de ejecución. La hierba ha invadido los fosos, en otro tiempo cuajados de cadáveres. Aquí y allí crecen las flores, convirtiendo el lugar siniestro en jardín cuando llega la primavera.

Un gran silencio pesa sobre la bastilla de los niños delincuentes. Desde luego, la mala impresión se disipa cuando se franquea la puerta, de doble cerrojo, y se encuentra uno con seres vivos. Diez prisioneros, bajo la mirada indiferente de un guardián, cargan una carreta. En dos coches celulares acaban de llegar quince muchachos, que con la cabeza baja, delante del escribiente, esperan la hora de trocar su nombre por un número y sus vestidos por un uniforme impersonal. Uno cree encontrar en ellos la marca infamante que persigue, desde la creación, a los hijos de Caín. Pero ya sean vagabundos, pilluelos o criminales, todos tienen el aire cohibido de los niños cogidos en falta. Uno, que no levanta un palmo, y que echa constantemente para atrás un mechón de pelo rubio que le importuna, llora, y sus lágrimas hacen un trazado sobre la ficha y es como una firma. Se le encierra en el departamento que corresponde a los fáciles de corregir y que traen en su haber un pecado venial.

Hay otro, enclenque y exaltado, que llega por tercera vez de Lille para ver París, del que no ha visto más que la sala de la Comisaría y la de la Roquette. El pequeño aventurero dice: —He visto un tren y no he podido resistir.

El último de la banda es un muchacho, bello como una mujer, y cándido como un querubín que ha jugado el gran juego. Ha clavado un cuchillo en la garganta de una muchacha.



Un guardia vigila constantemente.

Una ley inflexible hace que vayan unidos el miserable y los dos desdichados.

Se les ha registrado los bolsillos y se les ha colocado al brazo la ropa de prisionero: una camisa, un calzoncillo, un abrigo, una chaqueta o blusa, un pantalón y un par de zapatos.

Los muchachos de catorce a dieciocho años han sido agrupados y puestos en marcha. Nada de nombres. Un guardián ha dicho: —¡Los detenidos de la octava!

Los de más años han sido llevados a la séptima división. El pequeño ladrón de nada, y el fugitivo, han secado sus lágrimas siguiendo a la tropa.

El apache de las miradas cándidas emprende el camino como si éste le fuera familiar.

Yo los he seguido entre dos guardias de gorra galoneada. Al paso

nuestro, los detenidos, ocupados en distintos menesteres se han vuelto y nos han hecho el saludo militar.

El monasterio de los niños delincuentes.

He aquí que después de medio siglo, los jóvenes detenidos, se reparten de la misma forma en las celdas de la Petite Roquette.

La prisión data de 1830. Fué construída, en vista del destino que se le había de dar, como una sucursal de la prisión de Saint Lázaro. Fué, en la época de Carlos X, una prisión modelo.

Hasta entonces los hijos de Caín marchaban de prisión en prisión, sin que su estado hubiese sido definido. Estaban confundidos, antes de la revolución, con los malhechores y los criminales, y, por consecuencia, expuestos a una promiscuidad dañosa.

Entonces eran considerados más como culpables que como irresponsables, que precisan una especial educación. Eran empleados en las prisiones como criados de los presos por delitos comunes. Bajo el Imperio, se pensó construir un lugar especial para recibirlos; pero esto no fué así, hasta que un niño fué objeto de odiosas violencias por un preso, y entonces se decidió encerrarlos en la Petite Roquette.

¡Cuántos proyectos fueron entonces presentados, que debían de remediar su triste suerte!

«Nuestro deseo único—escribe el prefecto de Policía Delessert—, es únicamente sustraerlos al contacto con los hombres avezados en la carrera del crimen. Sustraerlos a su influjo y someterlos a una disciplina que les devuelva el hábito del orden.»

Mas veamos la prisión en donde debía de ser aplicado programa tan generoso.

Tres naves o cuerpos de edificio de tres pisos cada una que vienen a unirse por pasarelas a una torre tománica, que está en el centro.

Los detenidos no deben jamás comunicarse entre ellos. Los niños de catorce a diez y ocho años ocupan el primer piso, y los



Una escuela modelo para delincuentes.

adultos los pisos superiores. Hay treinta y cuatro celdas por división, con espacio para quinientas plazas en total. Dichosamente esta cifra se completa rara vez.

Es dolorosa la impresión que uno saca del paseo por estos corredores, cuajados de celdas. Cada una de estas celdas cuenta con una ventana de cristales para que pueda ejercerse vigilancia constantemente.

Las celdas son unos cajones infectos, apenas convenientes para un animal. La luz del día no llega si no es muy velada, y para la noche no tienen luz. No hay calefacción, sea cual sea el rigor de la temperatura. El aire debe de penetrar por la parte superior de la ventana; pero, en realidad, no se abre jamás para ello, y el más pequeño roto es reemplazado por un trozo de madera o de cartón. El amueblamiento de cada celda es de lo más rudimentario, y lo constituye: una cama de hierro, una mesa, un taburete retenido en el muro por una cadena. Me he hecho introducir en algunas de esas tumbas y he visto niños que no tenían el gesto de humanos, cubiertos de pelo, que me han mirado sin verme. ¿Tengo ante mí un alma criminal? Sobre esto hay valiosos testimonios.

A la Petite Roquette son llevados los delincuentes de diez y ocho a veinte años, en los que la pena no es mayor de un año; los acusados de crímenes y delitos, que no han llegado a la mayoría de edad; los vagabundos, y aquéllos cuya prisión es solicitada por la familia, por no conseguir nada con la corrección paternal. Entre los detenidos he visto a un niño que había robado láminas de plomo de una máquina abandonada. Diez y siete años. Ha pagado por otros ladrones de más edad, que habían sabido escapar a la llegada de los gendarmes. Había otro, culpable de haber robado flores en el jardín del Luxembourg. Otro, panadero en una aldea, que por venir a París había viajado sin billete. Y otros ladrones de bolsillos en un gran comercio; de juguetes y de confituras.

Y entre los niños detenidos por no obedecer a la corrección paternal, encontramos que el verdadero motivo de su encarcela-



El lúgubre alineamiento de las celdas.

miento no es otro que el no contar con espacio suficiente en la casa para alojarlo y han resuelto el caso mandándolo encerrar.

¿A qué régimen están sometidos? A un régimen superior a sus fuerzas.

Levantarse a las seis en verano y a las seis y media en invierno. Los guardias abren todas las celdas y dicen: «¡A limpiar!» El suelo es baldeado y el lecho desinfectado: «¡Al trabajo!» La tasa es distribuída por el contraamaestre, un detenido adulto, generalmente endurecido en el crimen.

A las siete y media, un empleado, escogido entre los detenidos y conocido bajo el nombre de «auxi», abre de nuevo la puerta y distribuye entre los niños delincuentes una ración de pan y otra de agua. Y de esta forma se realizan dos o tres comidas por día.

Hay recreo y la hora de éste varía, según las secciones, y son autorizados a jugar sin ruido, sin palabras ¡unos niños!

La tarde llega y la noche. En invierno las celdas son oscuras a partir de las quince horas. El trabajo cesa. ¿Qué hace el niño? ¿Leer, jugar? Nada. Esperar la hora fijada por el Reglamento para meterse en el lecho, puesto en pie, silenciosamente, delante de la ventana, considerando su vida sin esperanza y maldiciendo entre dientes, pues ¡ay de él si el guardia se da cuenta de su desesperación!

El contrato con la vida.

Es terriblemente impresionante el locutorio de comunicación de la Petite Roquette. Está situado debajo de la capilla en el torreón central de la prisión. Es una suerte de cuba circular provisto de once rejías. En medio de la pieza, un guardia vigila las confidencias.

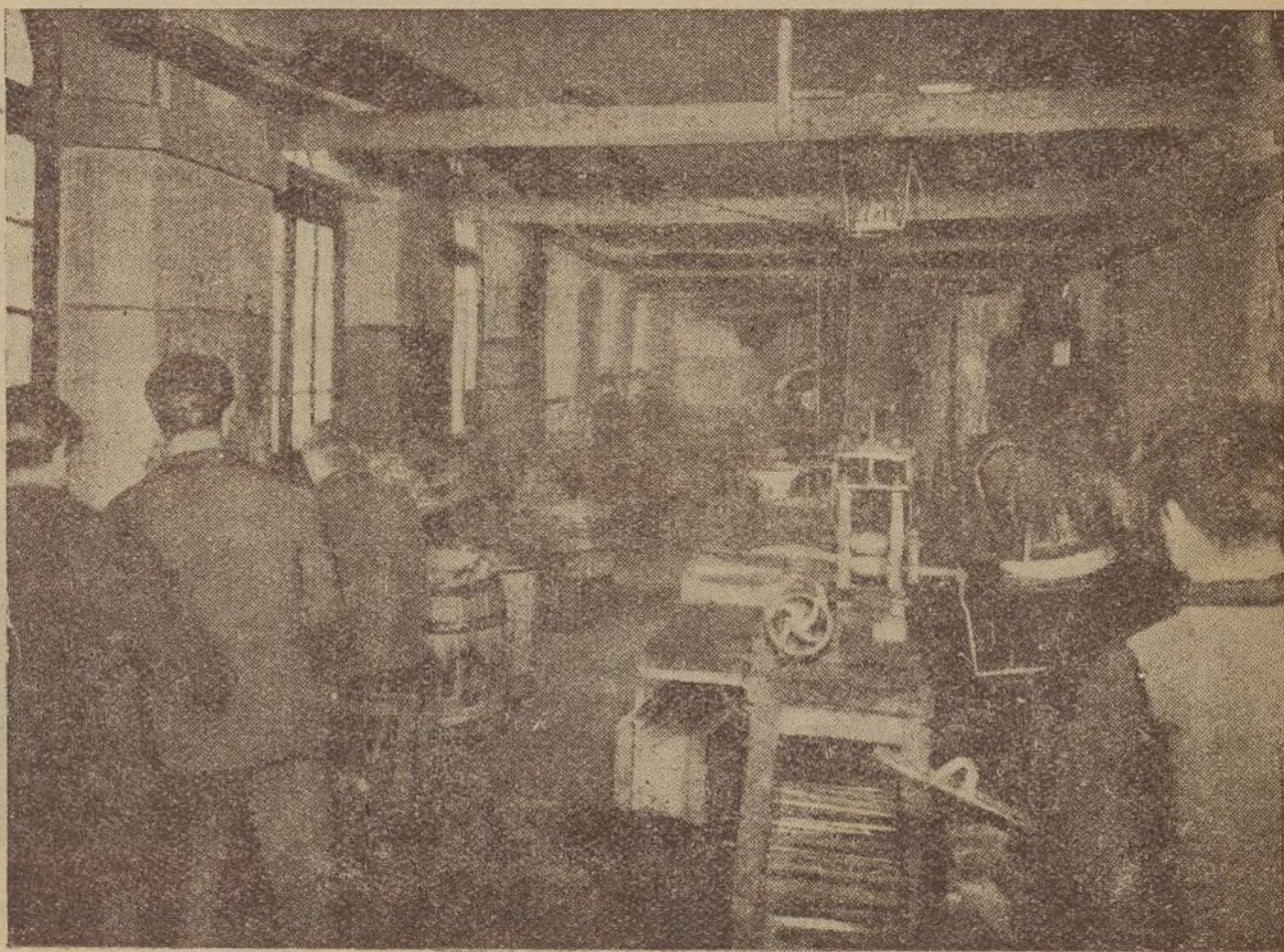
Los condenados son separados de la familia, por una balastrada de madera, detrás de la cual se extiende una alambreira. Cada detenido tiene derecho a dos medias horas por semana.

El purgatorio de los niños delincuentes.

Tal es la Petite Roquette, que yo he visitado y de la que he sacado una dolorosa impresión, que ha sido agudizada con la recepción de una carta en que un anciano me dice: «Guardo un pequeño recuerdo de la Petite Roquette. Una lesión al pulmón que me ha acompañado toda mi vida.»

Y así es. Estos niños sometidos a este régimen inhumano, no son devueltos a la sociedad como hacía suponer su aislamiento de los grandes criminales, sino enfermos y guardando un hondo rencor por todo lo pasado en esta tumba de seres vivos.

Un taller para jóvenes detenidos.



El tenebroso "affaire" del Phoenix-Park

Un inocente es libertado después

:-: :-: de más de seis años :-: :-:

En la noche del 22 al 23 de junio de 1922, Mr. Paul Steinmann, hombre de negocios mineros, sobrino del cónsul de Suiza en Amberes, había sido asesinado en esta villa, cerca de su vivienda, en Phoenix-Park. Volvía de casa de su tío, rico armador, en compañía de su mujer.

Después de haber conducido a su mujer a la casa, Mr. Steinmann volvía a encerrar su auto en un garaje situado a unos cien metros de distancia.



Van den Wouver, el acusado inocente.

Cuando se disponía a volver, después de haber retirado del auto una pequeña maleta que no abandonaba jamás, un hombre enmascarado salió de la sombra de unos arbustos. Tenía una pistola en la mano. Sin hablar, hizo dos disparos sobre M. Steinmann, que cayó mortalmente herido en el vientre. El desconocido se inclinó sobre él, tomó la maleta y desapareció. M. Steinmann, en un esfuerzo, logró llegar hasta la villa y llamar a su mujer en su socorro: «Lucie, me han matado.»

Su mujer, Lucie Steinmann, y el amante de ésta, al herido, pero éste expira dos días después, sin haber podido descubrir a la policía el terrible misterio de su muerte, ni haber dado de su asesino más que unas señas vagas, que se pueden aplicar a cualquier persona.

Su mujer, Lucie Steinmann, y el amante de ésta, Van den Wouver, fueron arrestados.

AMORES CONTRARIADOS

Leon Van den Wouver trabajaba, pero muy poco, en el estudio de su padre, gran notario de Amberes. El mozo era joven, elegante, rico, con aficiones deportivas y frecuentando más los salones y las reuniones de tennis que el estudio notarial.

Posee todas las cualidades que están de moda. Anchuras espaldas para soportarlo todo; nada de escrupulo, ni de cerebro, ni de sentimentalismo. Deseo siempre de agradar a las mujeres, sin comprometerse. Pero un día el niño ciego, que cambia las cosas, manda, y cae perdidamente enamorado de Mme. Steinmann, que no es muy guapa, y además

tiene tres niños. No fueron largo tiempo dichosos, porque M. Steinmann, el marido, ha sospechado, por suposiciones, que han fortificado cartas anónimas o pérdidas alusiones. Una discusión estalla entre los dos hombres y hay una provocación de duelo por parte del amante. Pero el marido se contenta con cerrarle las puertas de su casa.

La reconciliación se realiza más tarde, cuando el amante afirma a M. Steinmann que sus relaciones con la mujer no habían pasado de un correcto «flirt». Pero estaba escrito que los amores de Lucie y Van den Wouver serían siempre inquietos.

En junio de 1922, M. Paul Steinmann quedó irremediablemente arruinado. Debía abandonar los negocios de su tío y le habían fallado los negocios en que se ocupaba con un socio. Precisaba vender su propiedad de Phoenix Park y expatriarse.

Van den Wouver ofrece desenvolver la situación comprometida del marido, y su ofrecimiento es rehusado. El 23 de junio surgió el drama.

UN FORMIDABLE ERROR JUDICIAL

Los policías no se cansaron en buscar mucho tiempo. Para ellos, el asunto estaba claro. Alcados por la perspectiva de una separación definitiva, los amantes habían suprimido al hombre que era un obstáculo para su pasión y que iba, próximamente, a separarlos.

En estos pobres materiales se apoyaban para actuar:

La pistola número 473.437, que había sido el arma con que se realizó el crimen, fué encontrada en posesión de Mme. Steinmann. Su declaración ante este hecho fué la de que había encontrado el revólver en el parque, cerca del muerto. Creía que pertenecía a Van den Wouver, y por salvarle, no había dado cuenta de su descubrimiento a la policía.

Este cargo hizo que, el 7 de marzo de 1923, Leon Van den Wouver fuese condenado en Amberes a trabajos forzados a perpetuidad, y Lucie Martroy, viuda de M. Steinmann, a quince años de la misma pena.

No obstante, era muy cierto que estas dos personas eran inocentes.

Un gran detective de Bruselas, Ernest Goddefroy, ha trabajado este asunto con la paciencia, sagacidad y buena fe que son las cualidades de este gran detective.

Antiguo comisario de policía en Ostende, oficial en la guerra, en la que supo cumplir su deber, a la terminación de ésta se estableció como detective privado. Pero ya hacía largo tiempo que se venía preparando para esta difícil misión. Desde muy joven, había estudiado la criminología, y bien pronto la policía científica no era secreto para él.

Como hombre apasionado de su profesión, el *affaire* Phoenix-Park llama su atención. Escruta la vida de los protagonistas de este drama misterioso. La víctima no ha podido hablar. Los vivos continúan en sus negativas. Hace entonces hablar a la materia inerte, que es el revólver, una hoja de un árbol y unos cabellos.

Y con estos datos, si no puede revelar el nombre del culpable, por lo menos adquiere la certeza de que Van den Wouver no ha matado, y que el crimen de Phoenix-Park es mucho más misterioso que lo que se ha imaginado.

LAS PRUEBAS DE LA INOCENCIA DE VAN DEN WOUVER

«Demostración muy simple, nos explica el gran detective. Mme. Steinmann poseía un revólver que no funcionaba, y se lo entregó a su amante para que lo llevase al armero, donde se encontraba en reparación cuando el crimen. Mas al mismo tiempo que le entregaba el arma, le pidió, en cambio, un revólver, que le fué prestado por M. Halliez; es una pistola número 3.700, calibre 6,35, el mismo calibre que el arma de Mme. Steinmann. El joven, no obstante, cambia los cargadores (por error, o creyendo que, en caso de querer hacer uso de él, Mme. Stein-



Madame Steinmann.



El revólver número 3.700.

mann, no pueda hacerlo, por ser el cargador de otra arma). De esta forma se encuentra desarmada con el revólver de Halliez.

El 21 de junio Van den Wouver pasa algunas horas con su amante en el bosque Cupresús. ¿Qué se trata entre ellos? No sé. Pero él rehusa y la pide el revólver, porque cree que no debe proceder contra el marido.

Antes de marcharse, hace dos o tres disparos, para ver si el arma funciona, pese al cambio de cargadores.

Después del crimen, en el parque se encuentra una pistola 6,35, y está en manos de la mujer.

Establezco, sigue diciendo el detective, que Van den Wouver no ha mentido. Después de tres años de silencio, en 1925, ha revelado que al revólver de Halliez no se le había quitado su tabla de juego después del 21 de junio de 1922. El joven había callado por no cargar la pena de Mme. Steinmann, a la que cree culpable. Y no habla hasta 1925, cuando sabe que su amante ha sido beneficiada con un indulto.

Por el amor de esta mujer un hombre, joven y rico, se encuentra en la tumba de una celda y gime bajo el peso de un formidable error judicial. Yo he encontrado esta certeza por un poco de polvo de tabaco encontrado en la pistola, que no había sido limpiada durante mucho tiempo y unos hilos de tejido. No puede arrancarse más al alma de una pistola.

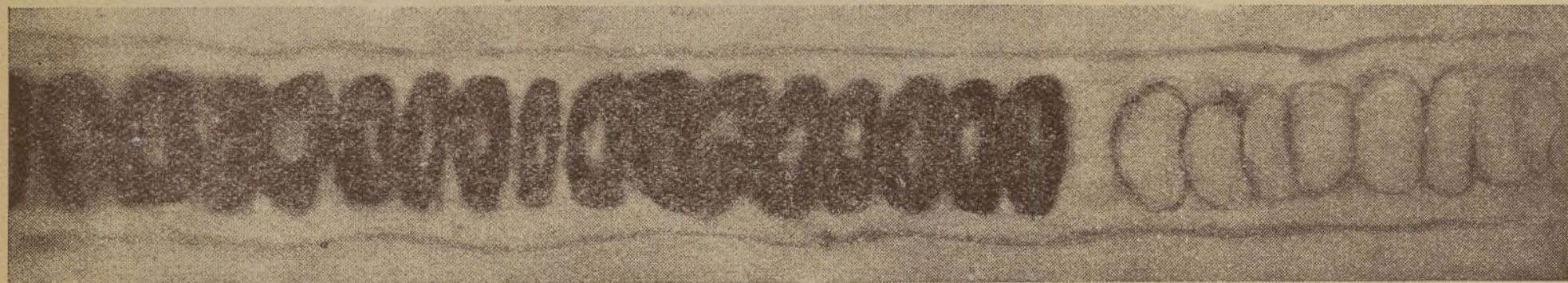
La conclusión es ésta: Si Van den Wouver había matado, hubiera sido con el revólver Halliez, o es preciso suponer que poseía un segundo revólver, el número 473.437. Pero, además de no ser probable el contar con dos armas, la policía ha probado que el joven no había comprado nunca un revólver.

Hemos preguntado al detective: ¿Quién es el culpable? ¿Cuál es el móvil de este drama terriblemente misterioso, si no ha sido provocado por la pasión?

El gran detective ha callado la respuesta.

FINAL

Una noche de junio de 1922 este hombre, armado del revólver 473.437, mata a Steinmann, porque no ha encontrado el medio de atender a las exigencias de éste.



Esta es el «alma» de la pistola 3.700 (4.880 veces mayor) que confirma las declaraciones del inocente Van den Wouver.

AVENTURA DE SHERLOCK HOLMES

Un crimen extraño.



Continuará

LOS ^{GRANDES} SUCESOS

Nº 2.



REVISTA SEMANAL ILUSTRADA



30 CTs

LOS SUCESOS EN EL EXTRANJERO



UN CHÓFER DE TAXI ASESINADO EN PARÍS

Ayuntamiento de Madrid

Lit. J. Feruny. Madrid.